

3 3 3 2
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LA ETICA
DE
SAINT-EXUPERY

TESIS QUE PRESENTA
ROBERTO RUIZ
PARA OBTENER EL GRADO
DE MAESTRO EN FILOSOFIA

MEXICO
1952



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTRODUCCION

A quien aborda por primera vez una empresa de crítica literaria, filosófica o artística, se le plantea ante todo un severo problema, un problema de método y de actitud, que obliga, como casi todos, a la solución de una dualidad y a la proposición de una primacía. Se trata del antiguo dilema hombre-mundo, individuo-circunstancia. ¿Debe encuadrarse al escritor, al artista, en el marco de su tiempo y lugar, de su condición geográfica e histórica, de sus límites naturales? ¿O debe atribuírsele pleno poder de creación, facultad de producir o transformar el medio? ¿Es el hombre creativo figura de excepción, que rehace y supera su propia circunstancia? ¿Es, por el contrario, una criatura más, incapaz de trascender su situación espacio-temporal, su propia naturaleza? ¿Hay, en el arte auténtico, progreso, expansión en terreno y edad, transcendencia del propio momento, del propio recinto, o no hay más que constante combinación y descomposición, invariable girar dentro del mismo espacio, con elementos permanentes que sólo cabe barajar, revolver y arreglar, sin más descubrimiento que el de la nueva disposición?

Se nos facilitará la elección si examinamos el concepto de "unidad" que nos propone cada una de estas dos actitudes. La primera, la que supedita al hombre a su situación, la que llama a Montaigne y a San Ignacio "hombres del Renacimiento", nos ofrece, en primer término, una unidad de acontecimientos, una unidad externa, fáctica, en que coinciden intereses y atenciones. La Reforma, la toma de Constantinopla, las guerras de religión, el des-

cubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, son hechos exteriores que dominan y determinan, según la primera actitud, toda acción humana de la época. Hay además, una unidad interna, de cultura: el hombre del Siglo XVI comparte con su contemporáneos, conacionales o correligionarios un acervo de ideas, dogmas, refranes, términos y textos que no poseía el del Siglo IX y que sólo en parte disfrutará el del Siglo XVIII. La exaltación de la iniciativa individual, el espíritu del libre examen, la creencia en la primacía de razón y acción respecto a la aristocracia de nacimiento, la furiosa embriaguez de lo immanente, son rasgos que la actitud historicista nos señala como radicalmente característicos de la unidad cultural de la Edad Moderna, unidad que, por su misma calidad individualista, puede discutirse ilimitadamente y lleva implícita, como es evidente, una contradicción bastante seria.

A primera vista, esta unidad de historia y de cultura, la unidad propuesta por la primera actitud, nos parece más substancial, más íntima, porque descansa en un determinismo, porque da por admitido y demostrado el hecho de que el hombre, sea quien sea, viva donde viva, está limitado a las acciones e ideas de su tiempo y espacio, está, como el héroe griego, encerrado entre las cuatro paredes de su destino, y esta dependencia parece valer universal, clásicamente, para todo momento y todo sitio. Es una unidad más filosófica, más científica, más igualitaria; admite a priori la posibilidad de entendimiento entre los hombres, de contacto, de transmisión, de encadenamiento, de causalidad; permite la proposición de absolutos, la creencia en una Belleza alcanzada al igual por Dante y por Virgilio; rechaza, en una palabra, toda diferencia y toda interrupción, toda solución de continuidad, toda ruptura en el espléndido curso de la civilización. Es unidad en plenitud; no hay efecto sin causa, no hay grietas en el muro.

Pero vista de cerca esta unidad parece menos sólida: por desarrollo, por evolución, el hombre se aleja de su pasado; al ser más "de su tiempo" pierde la semejanza con los que antes fueron a su vez del suyo, y se liga más a los contemporáneos. Ya sólo se asemeja a los hombres de otras edades en el hecho de

estar en situación, pero no en la situación misma. La unidad en extensión, en plenitud, a lo largo del tiempo, viene a ser exterior e ilusoria; la única unidad que le queda disponible a la actitud historicista para poder convencer es esa convivencia de hechos e ideas, esa simultaneidad de existencias, esa comunidad de valores, que es patrimonio del hombre situado. La unidad es de estado, de estar, y no de ser; de hecho, y no de esencia. El hombre sacrifica, en el historicismo, su calidad a su condición. Y al volverse hacia atrás, al pasado, a las etapas anteriores de la historia, no tiene más remedio que denominarlas, categorizarlas, ponerles etiqueta, para salvaguardar de algún modo la integridad del muro, para explicar y razonar el cambio en términos de evolución, para darse a sí mismo la justificación de su disparidad respecto a su pasado, que debería ser origen, punto de partida, principio o potencia de los hechos actuales, y no distinción caótica; para salvar, en una palabra, con la uniformidad o racionalidad del hombre en relación con su tiempo y con los tiempos, la posibilidad de su historia. Al escribir como Ovidio, el hombre del neoclasicismo busca asidero, trata de hallar el punto de contacto, el hilón permanente, sustante, invariable, del arte literario universal, porque ya alienta en su espíritu la sospecha de la variedad de los tiempos, la angustia de la historia, y el deseo indefinido de superarla. De ahí que todo neoclasicismo, por partir de una contradicción, por tratar de resolver un problema con expedientes de orden contrario, culmine siempre en una mistificación. Y es la actitud neoclásica, dentro o fuera de los llamados neoclasicismos, la que empeñada en unificar ha acuñado los términos historiográficos que hoy son nuestro pan académico; es la actitud neoclásica, racionalista, explicatoria, científica y uniformista la que encaja o pretende encajar a todo autor o artista en las cómodas categorías convencionales, racionalismo, neoclasicismo, idealismo y existencialismo, en un esfuerzo por hacer de la historia misma un absoluto.

La segunda actitud olvida toda clasificación, todo factor externo, todo concepto lógico o metodológico de raza, momento, me-

dio o cultura. Su unidad trasciende tiempo y espacio, y parte, no de la consideración filosófica de la igualdad del hombre, no del hecho de que todo hombre se encuentre encadenado a su hora y banquillo, sino del derecho de la humanidad a producir seres de excepción que, por estrechas que sean sus fronteras, por rigurosas sus determinaciones, siempre las transfiguran y superan. La unidad de estos hombres de excepción consiste en su excepcionalidad misma; no en el hecho de que superen sus condiciones sino en la necesidad, para tal superación, de una especialísima calidad humana. Dante y Virgilio, Shakespeare y Sófocles, se reúnen, no en el mismo grupo de hombres limitados, delimitados por su condición, sino en el mismo plano de seres minoritarios, liberados por su creación. El artista o filósofo, si bien cercado por ciertos límites, si bien heredero de ciertas tradiciones, reúne y sintetiza en sí mismo todo lo recibido, opera un proceso de catálisis, de sublimación, en que cierto ingrediente inexplicable convierte el todo, el resultado, en algo más que la suma de las partes, que la mezcla de los componentes. Es precisamente ese ingrediente, esa facultad extraña, inexplicable y por ende gratuita, lo que eleva al hombre creativo sobre su condición, su época, su tierra, y le pone al nivel de los que en otro o en el mismo tiempo, independientemente de toda exterioridad, se han rehecho y superado, han saltado sus barreras. Es una unidad de esencia, de calidad, de ser. Una unidad más artística, más distintiva, más religiosa, ya que la religión, por más que iguale al hombre en su carácter de criatura y de ser mortal, no se entiende sin conceptos como los de gracia, elección y revelación, sin figuras humanas como el santo, el semidiós y el profeta. No nos es preciso saber hoy en qué tiempo, bajo qué condiciones vivieron o fueron concebidos hombres como Sigfrido, Aquiles o Isaías, como Moisés, Homero y San Gabriel. Su excepcionalidad nos los hace más puros y longevos que toda circunstancia y nos los une en esa pureza, con una unidad que no es ya agrupación o agregación de seres de una misma naturaleza en torno a un concepto o a un hecho, sino auténtica comunidad de individuos, tanto

mayor y mejor reforcada cuanto más radical es la individualidad e irreductibilidad de cada uno frente a los demás.

Y el absoluto, que el neoclasicismo se empeñaba en aprehender más allá de los tiempos y los mares, como punto de referencia y criterio constante de crítica, se nos hace innecesario en la segunda actitud; ya no es preciso buscarlo, definirlo, reconocerlo, para realizarlo, puesto que se ha hecho patente por sí mismo en lo inexplicable de la elección o don inherente a toda excepcionalidad.

He aquí la dualidad; he aquí el problema planteado. Ahora, ¿qué escoger? ¿Qué actitud es más justa, qué método más eficaz? El hombre creativo, el artista o filósofo que se estudia y critica, ¿es o está? ¿Es su unidad respecto a los demás creadores histórica, geográfica, de situación y límite, o lo es esencial, de calidad, de fuerza personal, ultramundana? ¿Se debe a la circunstancia insuperable, o parte de ella sólo, para domarla, transfigurarla y proyectarla a su porvenir?

La elección ya va implícita en los párrafos que preceden. Es evidente que no sé ocultar mi preferencia. ¿Por qué? ¿Por qué he expuesto las dos actitudes a partir de un prejuicio? ¿Por qué, antes de mostrar o demostrar quién da mejor razón, se la atribuyo arbitrariamente a una de las partes? ¿En virtud de qué considero la primera actitud, el primer método, el método histórico o historicista, de menor valor o pureza que la segunda posición?

Porque mis razones son sentimentales; porque simpatizo con la actitud y, claro está, con el método, que se enuncia en segundo lugar. Desde el punto de vista intelectual o lógico, de razón pura, exenta de toda adherencia irracional, es imposible demostrar la superioridad o primacía de cualquiera de las dos actitudes. Si lográramos razonar en términos de pureza y objetividad absoluta; lo cual ya es bastante difícil, nos hallaríamos en la imposibilidad de tomar partido, incluso de orientar nuestra vida. Todo tendría razón, y nada la tendría. Dotar de "razón" a una facción, teoría

o doctrina es una operación, por paradoja, irracional. Agregarse, adherirse, es una decisión individual, sentimental, de fe. A nadie se convence con razones, contra lo que comúnmente se cree. Se convence por afinidad, por secreto acuerdo.

Así pues, yo he elegido a priori, por afinidad. ¿Y por qué la segunda posición? Tratemos de explicarlo.

Además de la verdad de pensamiento, demostrable en ambos casos, las actitudes expuestas y opuestas contienen buena dosis de irracionalidad. Cada una posee una fe: la primera, una fe rabiosa en la incorruptibilidad de la evolución histórica, en la imposibilidad de la introducción en la historia del azar o de la arbitrariedad, en la intrarracionalidad e irraccionalidad de las épocas, en la exactitud con que se corresponden mutuamente la categoría histórica y el individuo histórico categorizado, en la capacidad de la razón humana para entenderlo y explicarlo todo, para establecer relaciones y señalar influencias con el soberbio apoyo de treinta siglos de bibliografía. La segunda actitud tiene una fe bastante más sencilla: la arcaica y vituperada fe en Dios. No en éste ni en aquél, no en el de los egipcios o el de los tariseos, no en el Dios accesible y positivo, fácilmente adorable, sino en Dios, en todos y en ninguno, en ese Dios trascendental, transhumano y ahistórico, en el Dios del Misterio, que se hace presente en Sólocles y Esquilo infinitamente más allá de Zeus. La segunda actitud reconoce la libertad del espíritu humano porque halla en el hombre, criatura divina; el hondo, indescifrable misterio de la gracia, de la extraña razón o sinrazón en virtud de la cual cada uno es distinto a los demás y algunos se agigantan en dones y en milagros. La segunda actitud renuncia a la historia, o a la historiografía, porque es obra mezquina, obra de hombres, en tanto el hombre es obra soberbia, inefable, de gracia y gratuidad. La segunda actitud salva y supera la vanidad de los filósofos y críticos que, no conformes con tratar de señalar huellas o estructuras de racionalismo en todo hombre de espíritu del Siglo XVIII, se recrean en dotar a Dios mismo de facultades humanas y ha-

blan de "razón divina". La segunda actitud no implica religión, sino religiosidad, consciencia total de trascendencia y trascendentalidad, de resignación, reverencia y humildad, más allá de todo rito.

Yo me adhiero a esta actitud porque me siento más capaz de creer en un algo infinito que en su caricatura, la Déesse Reason, y no a partir de una experiencia religiosa, trascendente, sino de una vivencia immanente y cotidiana. Para mí, la irreductibilidad de un hombre frente a otro, la extrañeza total de un hombre de mi tiempo y mi suelo frente a mí, son hechos tan evidentes como el sol de cada día. No niego la posibilidad de afinidades o coincidencias, pero siempre desde dentro, desde cada uno; nunca a partir de ideas o conceptos comunes. Admito igualdad humana en lo físico; en lo espiritual, los hombres son no sólo dispares, sino "algo distinto", substancialmente diferentes uno de otro. Lo único predicable de todos los espíritus es precisamente esa su diferencia, esa su soledad, ese afincarse en la propia muerte como reducto último y verdadero. Esto y no otra cosa es el principio de unidad de la segunda actitud, y por eso la admito y deliendo. La historia literaria y filosófica, la que nos enseña la fidelidad de Leibniz a Descartes, de Petrarca a Platón, de Heidegger a Kierkegaard, el espadón de almena de la primera actitud, me parece uno de tantos intentos vanos de reducir el espíritu humano, individual, a objeto de ciencia. Es cierto una vez más que sólo hay ciencia de lo que se repite; todo descubrimiento auténtico es del orden de la revelación, esto es, religioso o artístico. Su segunda ocurrencia es científica ya: nace la ciencia donde el misterio acaba, y el misterio muere al morir la singularidad. La alquimia reiterada se transforma en química; la astrología, despojada de su variabilidad, cede el puesto a la matemática de las estrellas, y una piedra atráda dos veces por la tierra ya hace ciencia. Ahora bien, lo que nunca se repite ni reitera, el espíritu humano, no podrá nunca ser objeto de una ciencia, de un método. Es posible y patente la ciencia física del ser humano, fisiología, endocrinología. Pero lo más íntimo y valioso del hombre, su caudal de re-

cuertos, sensaciones, esperanzas, anhelos, no cabe en ciencia alguna. El estudio de los fenómenos psicosomáticos no se refiere sino a la corteza del espíritu, a su apariencia, a su reflejo físico; carne y espíritu, la vieja dualidad cristiana, tan atacada hoy, debe ser restaurada, y hay que ceder a aquélla los derechos y posibilidades de someterse a ciencia, y admitir para éste la total inutilidad de cuanto esfuerzo se haga por aprehenderlo y categorizarlo. Buen ejemplo nos dan ciencias de tan ambicioso título como "psicología" y "antropología", reducidas, para sobrevivir, a la experimentalidad, al estudio de fenómenos y vestigios, o de tan orgullosos propósitos como la filosofía, limitada hoy a la racionalidad y a la historicidad, a la categorización en serie, a la clasificación metodológica, a la abstracción y a la mutilación de la esencia auténtica del hombre, de su persona única, de su derecho nominal a la revelación y a la muerte, por haberse empeñado en aprehender lo inaprehensible, en hacer lo que nunca se hará, ciencia del espíritu.

Para mí, en resumen, no tienen sentido términos como "naturalidad humana", "consciencia nacional", "idealismo alemán". Hay hombres en el mundo, y asimilan ideas. Pero éstas no son, no pueden ser objetivas. En cuanto las absorbe un espíritu humano da principio el proceso de síntesis y transformación. ¿Cómo se puede entonces señalar a qué grado es romántico Unamuno, pietista Schleiermacher? ¿Qué es el romanticismo? ¿Quién lo conoce, quién lo reconoce? Si es prácticamente imposible para el hombre ser idéntico a sí mismo, al que se era ayer, o hace dos horas, ¿cómo es posible establecer identidad con las personas o ideas que le preceden y le rodean?

En crítica literaria o filosófica hay pues, para ser justos, que descartar tiempo y espacio. No temporalidad y espacialidad, o pasado y terruño, que son términos del orden tradicional, sino tiempo y espacio, era y nación, que son de orden histórico o historiográfico. Es una distinción que conviene dejar brevemente señalada. La historia o historiografía es una gigantesca campaña

de publicidad, apoyada en anécdotas, lemas y divisas racionales, de fácil digestión. Se dirige, a través de la razón más elemental, del sentido común, a la masa espiritual, al "público". Sus armas son el texto, el monumento, la alegoría, el himno; sus disciplinas contiguas, la geografía y la política; su objeto aparente, enseñar; sus metas verdaderas, distraer, mecanizar, simplificar, suplir con relumbrón de divisiones y categorías la auténtica cultura. La tradición es la presencia de la vida en la vida, del ayer en el hoy, el valioso rescoldo del espíritu antiguo, apagado, intransmisible, en las piedras, las calles, las canciones, los cuentos, los refranes, en la palabra íntima del viejo. Es el "memento" irracional del devenir humano, que la historiografía caricaturiza. No se propone nada; está ahí, y eso basta.

Hay pues, para ser justo, que expulsar de la crítica el tiempo y el espacio. Pasado y terruño ya se harán ver, sin que nos esforcemos en buscarlos. Pero "nación" y "era", como "escuela" y "corriente", deben ser desterrados de la literatura, de la filosofía.

Aunque creo que esta posición se justifica por sí misma, sin necesidad de ayuda, no estará de más reforzarla con un ejemplo concreto. Un novelista y crítico británico de bastante renombre y mayor valor se expresa así acerca del "espacialismo" literario:

"Let us begin by considering the proviso "English Literature": "English" we shall of course interpret as written in English, not as published south of the Tweed or east of the Atlantic, or north of the Equator: we need not attend to geographical accidents, they can be left to the politicians" (1).

(1) E. M. Forster: ASPECTS OF THE NOVEL, 18.

periferia, un concepto o un juicio maestro en torno al cual se hace girar todo lo demás. Para llegar al núcleo es preciso aproximarse con cautela, con tiento, poco a poco, por sendero seguro, desde la superficie, sin serle intiel al método y frenando de firme la peligrosa imaginación. Aquí no seguiremos este método. Este método sólo se entiende en el estudio de tratados abstractos o confusos, de obras dispersas o superficiales. Pero no es necesario desenredar lo no enredado, lo sano, entero y sencillo como la vida misma. La obra de Saint-Exupéry, como toda creación de gran altura, no tiene centro n. litoral; es toda una. En los grandes poetas no hay secreto porque todo es secreto, porque todo se da y se sustrae al mismo tiempo, porque su intensidad maravillosa irradia en extensión, como aquel pozo en el desierto de que nos habla Saint-Exupéry, y que inunda de sí mismo, por su profundidad, los últimos rincones de la arena.

No hay pues, que buscar la clave. No hay nada escondido. Empecemos acá o acullá, cortemos donde sea, y habremos encontrado la estructura vital de la obra.

Nos bastarán cuatro o cinco pares de conceptos como puntos de partida.

1.—VIDA Y MUERTE

A las cinco de la mañana las nubes grises se fundían al sol y la pista de Borgo, calada de verano, empezaba a alentar. Los mecánicos iban y venían, grises de sueño en la ceniza gris del caba, y el perfil acerado, afilado, del Lightning cortaba como un sable el aire adormecido, acolchado de niebla. Para Leleu, en la sala de operaciones, era un día tranquilo y despejado; dentro de algunas horas el azul de cielo y mar recortaría, hasta deshacerlas, las últimas isletas de grisalla, los últimos harapos de nube y sueño. Un avión ligero y descansado, que supiera eludir el radar de las costas y cruzar por el centro el mar dorado, salpicado de escollos, habría terminado la misión al mediodía, cuando en los buenos tiempos se tendían manteles en las casas y el hombre se alojaba los lazos de las botas, se quitaba la boina, se sentaba en la silla de paja resollando, agotado, saturado de jornada. Los informes nocturnos, arrugados en la mesa, en desorden de insomnio, recordaban la noche anterior, larga, dudosa, hundida en el silencio de los tiempos de guerra, que rompe las esperas al volverse hacia atrás.

Ahora, con el día, había una alegría quieta, prudente, inquieta, algo asustada de sí misma, en el sol renovado y seguro, en el retorno a la costumbre antigua de ver sombras torcidas a los pies de los árboles y otr pasos humanos en las pistas, de saber que las siete dan después de las seis y al mediodía el sol cae como un gran venablo en los campos, las casas, los hangares,

las cúpulas. Leleu se distraía en tonterías de niño, que devuelven al hombre su descanso de inviernos en el bosque, su calma dispartada, y una sombra a su espalda (la sombra del piloto) le recuadró de pronto la vaga diversión.

El piloto era un hombre grande y lento, veterano de máquinas y hélices, con los ojos cargados de desierto, de nubes, de amperímetros, de boletines meteorológicos, de salas de hospital, de bocanadas y de faros. Un hombre casi viejo, con la barba crecida, las mejillas ajadas, el pelo escaso, el paso grave y duro, las manos inciertas, los hombros mal casados, la mirada profunda y distraída al consultar las hojas de reseña, al releer las nubes, arqueadas las cejas, fruncidas las esquinas de los ojos, por la ventana abierta de la sala. Leleu miró el reloj. Poco más de las ocho. Dentro de unos minutos el piloto iniciaba su novena misión de reconocimiento. Casi el doble de su indulto, de la prórroga caritativa que había conseguido, tras horas de súplica, en el puesto de mando de Nápoles, él, un piloto de días y de años, que ha vivido para eso, que no conoce vida en tierra, en autobuses, en la monotonía tortuosa de antecámaras y gabinetes, un hombre de la historia, con estrella polar en la constelación de la aviación, un hombre entero. Daban las ocho y cuarto. El piloto tenía la mano. salía al campo de vuelo, charlaba con el jefe de escuadrilla, se ceñía lentamente el cuero forrado y subía poco a poco a la carlinga, con parsimonia granítica de enfermo monumental, tirando de sus miembros dormidos como de gruesas columnas, apoyándose en brazos y en hombros del mecánico solícito. El Lightning P-38, avión suave y ligero, para jóvenes pilotos de película, se avenía mal con aquella osamenta gigantesca, cansada, antigua y astillada, hecha al avión arcaico, al Bréguet y al Potez, al avión resistente y traidor como los viejos toros rupestres, mitológicos, que derribaba El Taito de entera al volapié contra las tablas.

La sala trepidaba; las hélices del Lightning dudaban un momento del sentido y al fin se resolvían a girar hacia un lado. El avión describía un semicírculo, despegaba, tomaba altura, se per-

día en las últimas nubes. El radar empezó a funcionar, a dar la posición... El piloto llegaba sano y salvo a la costa de Francia, dejaba atrás las palmeras apacibles de Hyères, ya estaba en la Riviera, ya cerca de Grenoble, de Annecy, del objetivo. "Nos quedan unos días", se decía Leleu. "Unos días, semanas quizá, y estamos en Francia". Toda Córcega estaba cubierta de bases aéreas; todo el mundo esperaba el momento, la hora de la liberación. Rumores y versiones se cruzaban, crecían, amenguaban. "¿Es hoy? ¿Será mañana?...". La guerra se acababa en este año, el próximo o más tardar. Leleu pensaba en la reunión de los viejos amigos de trinchera en torno a alguna mesa de "bistrot", servilletas al cuello, vasos de vino en alto... ¿Por qué no? La escena ingenua, absurda, le llenaba de gozoso descanso.

"Estará aquí a la una", decía el mecánico, asomado a la puerta de la sala. "Lleva seis horas de gasolina". El piloto cruzaba ahora mismo el valle del Isère, reconocía en las orillas los barracones de pescadores, los merenderos, los molinos de agua, todo desierto ahora, se emocionaba al ver brillar como un espejo de nacimiento el lago de Annecy. Leleu encontraba buena compañía, de quietud y reposo, en aquel hombre troncudo, sencillo, distraído, jugador de ajedrez, escritor, matemático, dibujante, aviador, inventor de mil cosas, sutil como un acróbata en los trucos de cartas, valeroso en el aire, sin jactancia, diestro, aunque hondo, en la conversación, generoso y sereno en la vida, amigo verdadero. Leleu cerró la ventana. La mañana se iba como el humo. Daban las doce y media, el día se embozaba un poquito, soldados, oficiales y mecánicos salían al terreno.

A la una no había llegado el mensaje radiado del piloto. Pero no había razón de preocuparse; de otras había salido. A la una y cuarto se apiñaban los hombres en la pista, tendidas las miradas al cielo quieto, limpio a no ser por las cintas de nube que un viento suave traía del Oeste. A la una y media, pilotos y soldados se interrogaban con la mirada, inquietos ya, en el silencio rojo y bechornoso que precede al simoun. Las dos, las

dos y media. Ya no habla por qué esperar. Las nubes se apaisaban, se disolvían, volvía el sol al cielo reluciente y bruñido como un caldero nuevo, sin una arruga, sin un temblor... Los hombres vacilaban todavía, nerviosos, testarudos, con la impaciencia desesperada del que aguarda el milagro.

* * *

El coronel Gelée desdobra un papel que lleva en la guerrera. Es un dibujo a pluma, una figura infantil, en un campo de flores extrañas, leves y desprendidas como vilanos. Un esbozo nervioso, con algo de maduro, ingenuo jero glífico, y una dedicatoria apresurada: "Pour mon cher camarade, ami et demi-chef le capitaine Gelée cette image de chasseur de papillons à laquelle il ne comprendra rien car il ne s'occupe que de choses sérieuses... Avec l'espoir de le convertir et ma grande amitié... Antoine de Saint-Exupéry".

Cuando, hace cuatro años, Saint-Exupéry llenaba de dibujos como éste cuanto papel veía. Hochedé preguntaba tímidamente: "¿Por qué dibuja usted siempre lo mismo, un niño, mariposas?...". Y Saint-Exupéry le contestaba: "Porque me ha gustado siempre correr tras un sueño realizable". Hochedé no necesitaba realizar los suyos; Hochedé era, para aquel hombre raro y cordial, "el santo de la guerra", espejo de entereza y sencillez, silencioso reproche, sin saberlo, de pequeñas debilidades, descuidos, huecos de fe. Cuando, hace cuatro años, todo se venía abajo, cuando sólo la gente templada se mantuvo en la brecha, cuando todo esforzarse carecía de sentido y objeto, aquel hombre volaba indelenso sobre Alemania y Francia conquistada, sobre Colonia en ruinas y la hoguera de Arras, y al volver a la base de Orconte o de Nangis para hacer las delicias de la escua-

dra con su charla animada, y sus hábiles trucos de baraja, se censuraba a solas por haberse permitido la sed de significado, y tomaba de ejemplo a aquel suboficial oscuro, estoico, íntegro, "el santo de la guerra", que no pedía nunca razones de su esfuerzo, cuentas de su sacrificio. El santo de la guerra, caído hoy como tantos, como Laux, como Israël. Como Saint-Exupéry, cuatro días hace, en misión matinal al lago de Annecy.

El coronel Gelée dobla el papel, lo guarda en el bolsillo, sale al campo. La base de Cerdeña, donde se ha concentrado la escuadra aérea del Mediterráneo, se pasma y se atribula, elabora versiones, murmura conjeturas. Un grupo de jóvenes oficiales da rienda suelta a la imaginación: quizá se ha unido a un grupo de "maquisards" alpinos y nos le encontraremos en París liberado, o ha llegado al Pirineo y nos vuelve vía España, o le han recogido, herido, en alguna granja aislada... Gelée interrumpe la conversación con violencia: "Sí, ¡todo lo aceptáis! ¡Herido o prisionero, que más da, con tal de que su imagen sobreviva, de que os pertenezca en e'igjie!..." Si ha habido accidente, es grave; Saint-Exupéry, cansado, voluminoso, con los huesos descabalados por heridas antiguas, no podía saltar del avión. ¿Por qué preferirle vivo, deshecho, mutilado? ¿Quién podría apiadarse de la sombra apagada de Saint-Exupéry? ¿Quién puede imaginárselo amarrado a una cama de hospital, ahorrado en un campo de castigo? Si cayeron Mermoz y Guillaumet, si encontraron la muerte que querían, vestidos, con los mandos en el puño, ¿por qué no ha de caer también así el único que quedaba de aquel puñado de gente hecha y derecha? ¿Quién le niega el derecho a morir como murieron ellos, como habríamos muerto nosotros, o como moriremos?... "Era tan sencillo y fraternal, que creísteis vivir a su nivel... ¡Qué poco lo entendíais!" Y aunque sobreviviera, ¿para qué? ¿Para qué salir de todo trance, ver terminar la guerra, volver a casa a envejecer, a cosechar aplausos y alabanzas de cobardes e imbéciles? No se puede pensar en St. Exupéry anciano y consagrado, reducida al carácter de etapa, de trago amargo que no volverá a imponerse, la épo-

ca más viva y más intensa de su existencia toda, la que se le llevó energías y angustias. "A otros sí podríamos imaginarlos viejos; la edad les brindaría cierta perfección, el adorno de una nueva gracia. Pero a él, que era arranque y juventud a toda hora... verle muerto, decrépito, en la cama..." Vale más que haya muerto en plenitud, limpio, entero, cuando el cuerpo empezaba a pesarle, cuando se le "permitía" volar por demasiado viejo. ¿Se entendería a Saint-Exupéry alejado del cuadro de instrumentos, sentado en una silla, a ras de tierra, sin más cielo que un trozo de ventana, una rendija entre árboles? "Se le relegará al carácter de escritor, de moralista, de poeta... Pero nosotros, sus hermanos, sabemos que era ante todo aviador, hombre del aire. No por gloria, no por razón social, sino por vocación, por pasión... ¿Se darán cuenta de ello, algún día, los críticos literarios?... Saint-Exupéry no debe nada a nadie. Su originalidad se la debe a su vida, a su oficio, que vivió en las edades heroicas. Su obra es la de un alma excepcional, siempre a brazo partido con el viento, las nubes, la montaña, siempre sereno, aun cerca de la muerte".

* * *

Era el último de aquella vieja guardia, de aquella veintena de pilotos fogueados, reunidos en Latécoère a las órdenes del "viejo", del temible Daurat. En la oficina de éste, en Toulouse, se presentó un día Saint-Exupéry, recomendado por su antiguo maestro, el P. Sudour. Había hecho el servicio militar en Estrasburgo y Casablanca, en las fuerzas aéreas, y después había tratado, sin éxito, de hacer carrera en la cómoda y árida vida de los negocios comerciales. Daurat le recibió con su habitual sequedad y le mandó a los talleres, a pulirse y a aprender. Poco tiempo después volaba en África, con los hombres más duros de

la línea, con Riguelle, Mermoz y Guillaumet; allí supo de los cien mil peligros y trastornos del piloto-correo en Mauritania: averías de motor, extravíos en el desierto, riesgo constante de ser apresado, como Ville o Rozes, incluso asesinado, como Erable y Pintado, por las tribus de moros disidentes. Unos meses más tarde demostraba, además de su capacidad de piloto, sus dotes de organizador, al hacerse cargo de la dirección del puesto de Cabo Juby y entenderse a maravilla con mecánicos, soldados, oficiales, pilotos y guerreros moriscos de relativa lealtad. Eran él y Mermoz los literatos del grupo; Saint-Exupéry criticaba los poemas de Mermoz, y le daba a leer el manuscrito de un libro que escribía por la noche, a la luz de una vela, en una mesa improvisada con una puerta y dos barriles de combustible: "Courier Sud". A menudo tenía que interrumpir sus actividades en el puesto para correr en auxilio de los pilotos perdidos en el desierto, o capturados, como Reine y Serra, por tribus peligrosas; otras veces tenía que reparar los aeroplanos del fuerte español o redactar informes, como el de octubre de 1928, de auténtico carácter político, y en más de una ocasión salió en vuelo de enlace a medianoche y perdió el rumbo, en aviones cansados, con líneas radiotelegráficas defectuosas, sin boyas de localización. Se le consideraba uno de los hombres más capaces de la compañía cuando, en 1929, Mermoz abrió la ruta de los Andes, revolución en la historia de la aviación comercial, y Daurat, tras haber conquistado el desierto, resolvió lanzarse al asalto de la montaña y la pampa al frente de la Aéropostale, nuevo nombre de las antiguas líneas Latécoère.

Mermoz, piloto en jefe de la nueva empresa, se rodeó inmediatamente de los mejores hombres del aire que conocía. Pronto se le unió en Buenos Aires su antiguo compañero de la escuadrilla Siria-Líbano, Henri Guillaumet, piloto de pericia y audacia extraordinarias. Poco después llegaba también Reine, y en octubre, Saint-Exupéry. Pero éste venía con un nombramiento administrativo: el de director de "Aeroposta Argentina", filial de Aéropostale, encargada de prolongar la línea de Patagonia hasta el estrecho de Magallanes. No satisfecho con sus funciones directi-

vas, Saint-Exupéry exploró personalmente el cielo duro, cargado de ciclones, de la América Austral; poco a poco, a base de esfuerzos sobrehumanos, Comodoro Rivadavia, Trelew, Río Gallegos, Punta Arenas, quedaron enlazadas por el aire. Al mismo tiempo, Saint-Exupéry construyó aeródromos, preparaba personal técnico y mecánico, adiestraba con el ejemplo a los pilotos de línea. En 1930, cuando Guillaumet se perdió en los Andes, Saint-Exupéry salió en su busca, recorrió durante varios días los picos, las cañadas y los circos nevados de la cordillera, a baja altura, a riesgo de estrellarse, y recibió quizá la mayor alegría de su vida al saber que Guillaumet, tras haber andado sin parar durante cinco días y cinco noches, había sido recogido en la llanura por unos campesinos y llevado a Mendoza en automóvil. En 1931, cuando una inexplicable campaña periodística dió origen a la suspensión de subvenciones a la Aéropostale y a la consiguiente liquidación de la compañía, St. Exupéry se retiró de su puesto por solidaridad con Daurat, substituido en el suyo.

Entonces empezó la época de sus dificultades económicas, su "época azul", como él decía. Nunca había sido previsor ni ahorrativo, y su reciente matrimonio duplicaba sus gastos. El éxito de "Vol de Nuit", publicado con prólogo de Gide, aclamado por todo el público literario y Premio Fémina 1931, no fué más que un alivio pasajero. Por fin, recomendado por Daurat, entró como piloto de pruebas en la fábrica de aviones Latécoère, y estuvo a punto de ahogarse cuando un día, al probar un hidroplano en la bahía de Saint-Raphaël, se le rompió un ala y se le inundó la carlinga.

En 1935, Air-France le concedió un modesto empleo, a título casi honorario, lo cual, unido a inexplicables economías anteriores, le permitió comprar un "Simoun" nuevo, con el que trató de batir en setenta horas el récord de vuelo París-Saigón y se estrelló en el desierto de Libia. Saint-Exupéry y su mecánico Prévost, milagrosamente ilesos, pasaron cuatro días en pleno desierto, sin una gota de agua, y fueron recogidos, casi agonizantes, por una caravana de beduinos.

A su regreso a Francia le aguardaban las antiguas dificultades económicas, agravadas por el fracaso del vuelo, y la seria preocupación por la situación mundial, que, más tensa y complicada de día en día, culminó en la guerra civil española. "L'Intransigeant" primero, "Paris-Soir" después, encomendaron a Saint-Exupéry la crónica de la guerra, cuyos acontecimientos le produjeron profunda impresión, que, unida a la noticia de la desaparición en alta mar de Mermoz, hundió al escritor en larga y dolorosa crisis espiritual.

En enero de 1938, la compañía de seguros aérea le indemnizó por el accidente de Libia. Con la suma recibida, Saint-Exupéry adquirió otro "Simoun" y se embarcó con Prévost rumbo a América, con la intención de unir en vuelo de prueba New York y Tierra del Fuego. Al despegar del aeródromo de escala, en Guatemala, el avión se estrelló en el terreno y Saint-Exupéry sufrió graves heridas y fracturas. Durante su lenta convalecencia, en New York, dió fin a "Terre des Hommes", publicada a principios de 1939.

Es éste el punto culminante de su carrera. Se le nombró oficial de la Legión de Honor, la Academia le concedió el "Grand Prix du Roman", la obra se tradujo al inglés, al alemán, al español, al danés, al checo, al holandés, al italiano, al húngaro, al sueco y al finés. El éxito de crítica fué enorme, y aunque él prefería placeres más modestos e intensos, como el rápido y maravilloso viaje a New York, a bordo del hidroavión "Lieutenant-de-Vaisseau-Paris", conducido por Guillaumet, su carrera parecía orientarse definitivamente hacia la literatura.

Entonces estalló la segunda Guerra Mundial.

Tras breve estancia en Toulouse, como instructor de navegación, Saint-Exupéry, que insistía en ser incorporado a la fuerza aérea, fué asignado al grupo de reconocimiento 2/33, donde conoció a hombres como Alias, Dutertre, Gelée, Gavaille, Israël,

Hochedé, de tanta repercusión en su vida y obra, y donde realizó misiones de tan gran importancia como el famoso vuelo a Arras. En agosto de 1940, después del armisticio, fué desmovilizado y decidió embarcarse para Estados Unidos, vía Lisboa. Fué en Lisboa alegre y confiada, ignorante al parecer de la catástrofe universal, donde le llegó la noticia de la muerte de Guillaumet, abatido en el Mediterráneo por un caza italiano.

Guillaumet había sido su mejor amigo, su más íntimo compañero de acción y oficio. Con él se iba buena parte de su pasado. En New York, Saint-Exupéry se sintió despegado de todo lo suyo, de su tierra y amigos, de su razón de ser. Leer, hablar con algún interlocutor ocasional, a quien Saint-Exupéry había despertado por teléfono, quizá, a las tres de la mañana, pasear por Central Park, jugar al ajedrez, le llenaban el tiempo. Sin embargo, su fecundidad literaria daba señales de vida intensa con "Pilote de Guerre", "Lettre a un Otage", "Le Petit Prince" y gran número de apuntes para la futura "Citadelle". Su renombre en América, que ya era considerable antes de su llegada, aumentó con la traducción de "Terre des Hommes", "Pilote de Guerre" y "Le Petit Prince". Se editaron versiones escolares de sus obras, se le denominó "el Joseph Conrad del aire", y sus ingresos económicos alcanzaron proporciones que él nunca hubiera sospechado. No obstante, cuando en 1943 volvió a África, para unirse primero a una escuadrilla de bombardeo, después a su antiguo grupo 2/33, no poseía más que un modesto guardarropa y un gran número de chucherías mecánicas de todo tipo.

El 2/33, provisto de monoplazas Lightning P-38, era campo de acción de hombres más jóvenes. Saint-Exupéry pasaba de los cuarenta años y carecía de elasticidad física a consecuencia de sus múltiples accidentes; al aterrizar un día cerca de Túnez se distrajo en la maniobra y estrelló el aparato en una viña. El mando americano le aplicó la excedencia de edad y le retiró la licencia. Durante más de seis meses trató de recuperarla por todos los

medios, y obtuvo al cabo del general Eaker permiso para realizar cinco misiones de reconocimiento con el grupo 2/33.

No era fácil para un hombre como él limitarse a lo concedido. Con la complicidad de sus compañeros de grupo aumentó a ocho el número de misiones efectuadas. La novena fué la última. El 31 de julio de 1944 despegó de la base de Borgo con rumbo a Annecy, y desapareció en circunstancias que todavía se ignoran, si bien se admite la versión de que su aparato, perseguido por cazas alemanes, fué ametrallado y abatido a la vista de las costas de Córcega.

* * *

"Fué igual a su leyenda... A veces, superior a su leyenda... Leyenda y realidad de heroísmo, que se adaptan a la perfección, que se identifican... Pero ese heroísmo de estampas y aleluyas se daba en él por entendido".

Para León Werth, para este hombre perdido en 1940 en los rincones de Francia dominada, "donde tiene hambre y frío, este hombre que todo lo entiende, hasta los cuentos para niños, el mejor amigo que me queda en el mundo", para León Werth poeta, anciano, judío y enfermo, Saint-Exupéry fué el arcángel humano entre el cielo y la tierra, el sabio del heroísmo. Pero de un heroísmo sencillo y natural, como la tez, la estatura, el color del cabello. No el heroísmo deportivo, exterior, armónico y espectacular, sino el heroísmo que se sabe y se desconoce a sí mismo, heroísmo torpe y tranquilo, travieso a veces, de la ingenuidad integral. Citar a Saint-Exupéry, contar sus proezas, sus aventuras y sus sacrificios, no es rendir culto al héroe, sino hablar del hombre. Alabarle, adularle, rodearle de un halo de gloria que no buscaba ni entendía, es, no sólo herir su modestia, sino falsear su manera de ser, mancillar

su unidad. "En Saint-Exupéry todo era uno. Pasaba de la especulación al truco de baraja, y a la inversa, con una soltura de maravillosa gracia... A veces no sabíamos distinguir la gravedad de sus juegos de la aérea ligereza de sus meditaciones..." Volar, escribir, inventar, pasear, hablar, morir, eran en Saint-Exupéry ramas de un mismo tronco, aspectos o matices de una misma vida, de una misma naturaleza o naturalidad. En él no tenían sentido la exageración, la distorsión, la exaltación: toda pasión se explicaba y justificaba por sí misma; en el maravilloso equilibrio de su pensamiento no había lugar para teratología: todo lo humano era noble y todo lo existente verdadero. En él se une y se disuelve el contraste, la disimilitud más evidente; en él se convierte en escala de colores y armonía de tonos cualquier disonancia o choque. "Todo en él era uno..." Vida y muerte, o acción y eternidad. Mezquindad y heroísmo eran sólo palabras: el hombre vive como quiere y puede; no inventa él sus denominaciones, no es él quien se mide, divide y cuadrícula. ¿Con qué derecho vamos a evocarle, cómo exaltar en él el valor, la inteligencia, la belleza moral, la ternura, la generosidad? Eran sólo palabras; le sonaban a hueco. Ni las quería ni las entendía. Había trascendido todas las cualidades; era el sujeto incapaz de predicados, el pleno, el todo de cristal de roca, cuya única evidencia es la inmensurabilidad.

Sin embargo... "¡qué infiel nos has sido al morir!"... ¡Qué desigual, qué poco idéntico a ti mismo, qué escaso de la inmortalidad sencilla y admitida que de ti se esperaba!... "Quien no cede a la duda, a la ternura, hace de tu muerte, Tonio, tu acto más hermoso de fidelidad... Pero en lo más hondo de mí grita un dolor que nunca sanará: ¡Tán infiel nos has sido, al morir!" (*)

(*) Paráfrasis de León Werth, TEL QUE JE L'AI CONNU, passim.

2.—ACCION Y ETERNIDAD

La relación de la eternidad con el tiempo es uno de los más graves problemas filosóficos y religiosos. Frente al concepto ingenuo, común, de eternidad, que la entiende como una multiplicación del tiempo, como una acumulación de siglos, como un regalo copioso de temporalidad, se alza el concepto clásico, riguroso, que considera la eternidad sublimación o transformación cualitativa, negación y sustitución, del tiempo vital.

El concepto de eternidad de Saint-Exupéry no es extravital, no se opone al tiempo. Es, por el contrario, muy semejante al de la opinión ingenua; entiende la eternidad como una sucesión temporal que se antoja infinita, tanto por su prolongación continua y reiterada como por su ritmo, ponderado y lento; una temporalidad estirada en longitud y latitud, una acentuación sin aceleración, de la obra del tiempo a través de sí mismo. Las casas quietas y antiguas, llenas de recuerdos, gastadas por la existencia de varias generaciones, donde cada momento de la vida se satura y enriquece del peso intensivo de las vidas anteriores, donde cada hora avanza con mayor lentitud, grávida de tanto pasado, son albergue de eternidad, ascesis de eternidad. Las ciudades apacibles e inmóviles, las amistades de barrio y de infancia, las reliquias arcaicas, son para el hombre del aire, de vida vertiginosa, vórtice de reposo y duración, retraso del ritmo temporal, presencia de lo eterno:

"Fabien eût désiré vivre ici longtemps, prendre ici sa part d'éternité, car les petites villes, où il vivait une heure, et les jardins clos de vieux murs, qu'il traversait, lui semblaient éternels de durer en dehors de lui. Et le village montait vers l'équipage et vers lui s'ouvrait. Et Fabien pensait aux amitiés, aux filles tendres, à l'intimité des nappes blanches, à tout ce qui, lentement, s'apprivoise pour l'éternité" (1).

"Tu t'asseyais silencieuse parmi de vieilles gens, au centre de ces boiseries et penchée en avant, n'offrant que ta seule chevelure à l'enclos doré des abat-jours, couronnée de lumière, tu régnaï. Tu nous paraissais éternelle d'être si bien liée aux choses, si sûre des choses, de tes pensées, de ton avenir. Tu régnaï..." (1)

"Contre le temps. Car c'était chez nous le grand ennemi. On s'en protégeait par les traditions. Le culte du passé. Les poutres énormes" (1).

"Et ce goût même d'éternité que j'avais cru tenir de lui, j'en découvrais maintenant l'origine. Je revoyais les grandes armoires solennelles de la maison. Elles s'entrouvraient sur des provisions glacées de neige. La vieille gouvernante trottait comme un rat de l'une à l'autre, toujours vérifiant, dépliant, repliant, recomptant le linge blanchi, s'écriant: "Ah! mon Dieu, quel malheur", à chaque signe d'une usure qui menaçait l'éternité de la maison..." (1)

(1) VOL DE NUIT, 22.
(2) COURRIER SUD, 54.
(3) COURRIER SUD, 181.

"Le salon en prenait un visage d'une intensité extraordinaire comme celui d'une vieille qui porte des rides. Craquelures des murs, déchirures du plafond, j'admirais tout, et, pardessus tout, ce parquet effondré ici, branlant là, comme une passerelle, mais toujours astiqué, verni, lustré. Curieuse maison, elle n'évoquait aucune négligence, aucun laisser-aller, mais un extraordinaire respect" (1).

En esos cascos, en esos campos tranquilos, inmutables, eternos, se "tiene" tiempo, se posee, se dispone de él, tan vacío de acción vertiginosa, tan lleno de recuerdo que parece rehacer a la inversa su propio camino y acercar al pasado en lugar de empujar al límite futuro:

"Il s'aperçut qu'il avait peu à peu repoussé vers la vieillesse, pour "quand il aurait le temps", ce qui fait douce la vie des hommes. Comme si réellement on pouvait avoir le temps un jour, comme si l'on gagnait, à l'extrémité de la vie, cette paix bienheureuse que l'on imagine" (1).

No hay prisa por vivir, no hay espera ni desesperación, sino vida, conciencia de enriquecimiento, tanto de sí mismo a costa del tesoro temporal en que se vive, como de ese tesoro, por gracia del medurado y acumulativo regalo de tiempo, de tiempo propio, poseído, administrado a gusto y sabor, que se le hace con el vivir. Se eterniza la vida en esa minuciosa, grave, casi imperceptible reciprocidad de dones, se cargan de emoción, de sentido,

(1) TERRE DES HOMMES, 85.
(2) TERRE DES HOMMES, 92.
(3) VOL DE NUIT, 31.

los pequeños objetos de cada día, los paisajes, las piedras; se convierten en juguetes de perenne duración los canales, los árboles, las sendas, juguetes con que el hombre, niño y anciano al tiempo en un lentísimo precipitado de generaciones, mantiene y entretiene su suave devenir:

"Quel monde bien rangé aussi — 3.000 mètres. Rangé comme dans sa boîte la bergerie. Maisons, canaux, routes, jouets des hommes" (*).

"Un village posé à droite, à gauche un troupeau minuscule et, l'enfermant, la voûte d'un ciel bleu. "Une maison", pense Bernis. Il se souvient d'avoir ressenti avec une évidence soudaine que ce paysage, ce ciel, cette terre étaient bâtis à la manière d'une demeure. Demeure familière, bien en ordre" (**).

Morada familiar, refugio del hombre, depósito de eternidad por multiplicación temporal, por duración milenaria; sentido de la vida:

"Car moi je respecte d'abord ce qui dure plus que les hommes. Et sauve ainsi le sens de leurs échanges" (**).

* * *

Frente a esa eternidad de tiempo detenido, corpóreo, terrestre, la acción externa y agitada acelera la marcha de los días y los siglos:

(*) COURRIER SUD, 22.

(**) COURRIER SUD, 37.

(***) CITADELLE, 38.

"Les villes peu à peu se remplacent l'une l'autre, il faut atterrir pour y prendre corps. Maintenant tu sais que ces richesses ne sont qu'offertes puis effacées, lavées par les heures comme par la mer" (**).

"L'écoulement du temps, d'ordinaire, n'est pas ressenti par les hommes. Ils vivent dans une paix provisoire. Mais voici que nous l'éprouvons, une fois l'escalade gagnée, quand pesaient sur nous ces vents alizés, toujours en marche. Nous étions semblables à ce voyageur du rapide, plein du bruit des essieux qui batent dans la nuit, et qui devine, aux poignées de lumière qui, derrière la vitre, sont dilapidées, le ruissellement des campagnes, de leurs villages, de leurs domaines enchantés, dont il ne peut rien tenir puisqu'il est en voyage" (**).

El hombre de acción, que la ha elegido, que ya no puede escapar a ella, se encuentra de más, extraño, inesperado, en la paz de las ciudades y los árboles:

"Ce village défendait, par sa seule immobilité, le secret de ses passions, ce village refusait sa douceur: il eût fallu renoncer à l'action pour la conquérir" (**).

"Deux mois plus tôt il montait vers Paris, mais après tant d'absence, on ne retrouve plus sa place: on encombre une ville" (**).

(*) COURRIER SUD, 28.

(**) TERRE DES HOMMES, 101.

(***) VOL DE NUIT, 23.

(****) COURRIER SUD, 46.

"Après deux ans d'Afrique, de paysages mouvants et tous jours changeants comme la face de la mer, mais qui, un à un dérobés; laissaient nu ce vieux paysage, le seul, l'éternel, celui dont il était sorti, il prenait pied sur un vrai sol, archange triste" (1).

Y es que el tiempo le es más tiempo, más devenir, más muerte. En longitud y en latitud, por el ritmo y el riesgo, se le encoge la vida. El espacio también le es más espacio, más límite, más medio, por escaso y fugaz. Arrastrado a quinientos kilómetros por hora, sin tiempo para detenerse en un rincón de nube, en un ramo de árboles que se anuncian un momento y se dejan de pronto atrás, el hombre del aire recibe la llamada, la vocación. de las pequeñas cosas de la tierra, y medita con nostalgia de casas y de campos, de infancia, de juguetes como aquellos canales y veredas que a distancia le aparecen ingenuos, casi absurdos, y que albergan el gozo o el tedio de los hombres.

"La terre était tendue d'appels lumineux, chaque maison allumant son étoile, face à l'immense nuit, ainsi qu'on tourne un phare vers la mer. Tout ce qui couvrait une vie humaine déjà scintillait" (2).

"Et maintenant, au coeur de la nuit comme un veilleur, il découvre que la nuit montre l'homme: ces appels, ces lumières, cette inquiétude. Cette simple étoile dans l'ombre: l'isolement d'une maison. L'une s'éteint: c'est une maison qui se ferme sur son amour... Ou sur son ennui" (3).

(1) COURRIER SUD, 49.
(2) VOL DE NUIT, 24.
(3) VOL DE NUIT, 28.

Se le despierta en ello un ansia de habitar, un afán de raíces, una añoranza de silenciosa y serena estabilidad, que sólo satisfacían, a medias y con distinto acento, los abismos y los picachos, el océano y el desierto, extraños al devenir por no haber conocido hombre y rebeldes a la medida de éste, a su mudanza imprecisión, a su categorización matemática, intelectual, espacio-temporal, que rechazan con el brío irascible de las tempestades:

"Il franchissait, paisible, la Cordillère des Andes. Les neiges de l'hiver pesaient sur elle de tout leur paix. Les neiges de l'hiver avaient fait la paix dans cette masse comme les siècles dans les châteaux morts. Sur deux cents kilomètres d'épaisseur, plus un homme, plus un souffle de vie, plus un effort. Mais des arêtes verticales, qu'à six mille d'altitude on frôle, mais des mannequins de pierre qui tombent droit, mais une formidable tranquillité" (4).

"Cette douceur devenait un piège. J'imaginai cet immense piège blanc étalé, là, sous mes pieds" (5).

"Puis tout s'était aiguisé. Ces arêtes, ces pics, tout devenait aigu; on les sentait pénétrer, comme des étraves, le vent dur. Et puis il lui sembla qu'elles viraient et déviaient autour de lui, à la façon de navires géants qui s'installent pour le combat" (6).

En ese dramático "Ersatz", en esa caricatura agresiva, a la inversa, de la eternidad humana, en la paz recelosa y traidora de

(4) VOL DE NUIT, 37-38.
(5) TERRE DES HOMMES, 13.
(6) VOL DE NUIT, 39.

los ciclones, debe aplacar su sed de calma el hombre de acción, del aire, el evadido de la tierra y del tiempo.

* * *

Pero una de las piedras angulares de la obra de Saint-Exupéry es la creencia en la igualdad axiológica de todos los sentidos de la vida, en la comunidad de fines de todos los humanos, que sólo difieren y disputan en tocante a los medios, en el terreno racional de su determinación o aceptación:

"C'est peut-être pourquoi le monde d'aujourd'hui commence à craquer autour de nous. Chacun s'exalte pour des religions qui lui promettent cette plénitude. Tous, sous les mots contradictoires, nous exprimons les mêmes élans. Nous nous divisons sur des méthodes qui son les fruits de nos raisonnements, non sur les buts: ils sont les mêmes" (2).

El hombre, los hombres, por unirse quizá en la brevedad y limitación de la existencia, se unen, radicalmente, en una misteriosa nostalgia de eternidad:

"D'où les hommes tirent-ils ce goût d'éternité, hasardés comme ils sont sur une lave encore tiède, et déjà menacés par les sables futurs, menacés par les neiges?" (3).

(2) TERRE DES HOMMES, 235.

(3) TERRE DES HOMMES, 75-76.

Y los hombres de acción, los que aceleran y precipitan su ya de por sí escasa existencia, los que miden, agotan y encogen las cuatro paredes de su exigua celda vital, no pueden menos que aspirar con mayor ansiedad al sabor de lo eterno. Pero en ellos, aunque llamados y atraídos por la hermosura de la tierra, es la acción misma lo que conduce a la eternidad, es el oficio lo que da un sentido al hacer comulgar en límites y anhelos con la gran masa de la humanidad:

"Telle est la morale que Mermoz et d'autres nous ont enseignée. La grandeur d'un métier est peut-être, avant tout, d'unir des hommes..." (4)

Es la acción, pues, en ellos, lo que libera de la muerte, de la muerte total y universal; es la contribución a la tarea humana, inmensa y permanente, de salvar de algún modo los límites, de rebasarlos por la plenitud, por la labor y por la intensidad, no más allá de la humanidad, sino más allá de la individualidad. Esta verdad y esta necesidad, patentes, reveladas al conductor de pueblos, al individuo que se esfuerza por arrancar al hombre de la arcilla, por orientarle y por fortalecerle en el único sentido que parece importar o parece existir, es piedad y es acción, es movimiento y es eternidad.

"Le conducteur de peuples d'autrefois, s'il n'eut peut-être pas pitié de la souffrance de l'homme, eut pitié, immensément, de sa mort. Non de sa mort individuelle, mais pitié d'espèce qu'effacera la mer de sable. Et il menait son peuple dresser au moins des pierres, que n'ensevelirait pas le désert" (5).

(4) TERRE DE HOMMES, 44.

(5) VOL DE NUIT, 127.

La eternidad, pues, no se logra sólo en ese "espaciar el tiempo" de la vida pacífica y serena, en esa tensión hacia el pasado y hacia la tradición, en esa retención del devenir, sino también en el acelerado sacrificar los días y los meses, en el riesgo constante de la propia vida, en la acción, en el deber, en el oficio, en la obra.

"Il pensa aux petites villes d'autrefois qui entendaient parler des "Iles" et se construisaient un navire. Pour le charger de leur espérance. Pour que les hommes pussent voir leur espérance ouvrir ses voiles sur la mer. Tous grands, tous tirés hors d'eux-mêmes, tous délivrés par un navire. "Le but peut-être ne justifie rien, mais l'action délivre de la mort. Ces hommes duraient par leur navire" (*)

Esperanza de vida eterna, de liberación, de salvación, en la comunidad de anhelos, de objetivos, de fines. Por la acción, por el oficio, el hombre se une a los demás. Y si todos se salvan, él se salva con todos, en comunión final y radical, en plena humanidad. El sacrificio de la propia paz, de la eternidad corpórea y terrena en aras del vértigo de acción, es lazo de unión al hombre, a los hombres; es prueba de humanidad.

"Car il n'est rien à espérer des choses si elles ne retentissent les unes sur les autres, ce qui est seule musique pour le cœur" (*).

* * *

(*) VOL DE NUIT, 151.
(*) CITADELLE, 241.

Ahora bien, en su acción hacia la eternidad el hombre debe evitar dos posiciones de extremo: la aventura y la soberbia. Y las debe evitar, porque ambas carecen de fin, de sentido, o al menos de sentido universal y trascendente, cualidades que Saint-Exupéry considera indispensables, inherentes incluso:

"Liés à nos frères par un but commun et qui se situe en dehors de nous, alors seulement nous respirons et l'expérience nous montre qu'aimer ce n'est point nous regarder l'un l'autre mais regarder ensemble dans la même direction" (*).

El soberbio y el aventurero son hombres de inmanencia, que hallan en sí mismos, o en su posesión, el fin único y último de todo obrar. La aventura es el amor del peligro por el peligro mismo, una subestimación de la propia existencia, que se debe, si no proteger excesivamente, sí al menos conservar para la acción continua y fructífera. No hay derecho, en el hombre, a sacrificarse inútilmente ni a exhibirse en espectáculo.

"..il ne s'agit pas de vivre dangereusement. Cette formule est prétentieuse. Les toréadors ne me plaisent guère. Ce n'est pas le danger que j'aime. Je sais ce que j'aime. C'est la vie" (*).

El aventurero comete un doble delito: un delito moral y metafísico. Al rebajar el precio de su vida, desconoce su sitio en el mundo:

(*) TERRE DES HOMMES, 234.
(*) TERRES DES HOMMES, 207.

"Seigneur, rattachez-moi à l'arbre dont je suis. Je n'ai plus de sens si je suis seul. Qu'on appuie sur moi. Que j'appuie sur l'autre. Que tes hiérarchies me contraignent. Je suis ici défait et provisoire.

"J'ai besoin d'être" (1).

Y, por ende, la necesidad que los demás tienen de su atención y acción, su responsabilidad hacia ellos. Y al desconocer su responsabilidad, ignora y desfigura su propia esencia, su humanidad:

"Être homme, c'est précisément être responsable" (2).

No es la vida tan poca cosa como el aventurero parece creer al hacer de ella un uso tan ligero, tan inconsciente. Y no es tan poca cosa, no sólo desde el punto de vista axiológico, no sólo porque valga más de lo que se cree, sino desde el punto de vista ontológico, porque no es tan fácilmente apreciable, no es lo bastante estimable para que se pueda subestimar:

"Petitesse de l'homme? Où vois-tu qu'il y ait petitesse? Tu ne prends point mesure de l'homme avec une chaîne d'arpenteur" (3).

Hay pues, en la aventura, ceguera moral y ceguera metafísica, inconsciencia e inconciencia.

(1) CITADELLE, 403.

(2) TERRE DES HOMMES, 62.

(3) CITADELLE, 402.

La soberbia es asimismo ceguera, ignorancia de límites, sobreestimación de las propias fuerzas. Es una actitud del mismo tipo que la aventura, pero de signo distinto; como ella comete un doble delito, ético y ontológico; olvida que ser hombre es ser limitado, libre bajo condición:

"... dans les limites de leur univers ils étaient infiniment libres". (4).

"On croit que l'homme peut s'en aller droit devant soi. On croit que l'homme est libre... On ne voit pas la corde qui le rattache au puits, qui le rattache, comme un cordon ombilical, au ventre de la terre" (5).

"Droit devant soi on ne peut pas aller bien loin..." (6)

y que, por ser la humildad esencial a la acción:

"Je comprends le sens de l'humilité. Elle n'est pas dénigrement de soi. Elle est le principe même de l'action" (7).

y la acción esencial a la comunidad humana:

"Force-les de bâtir une tour ensemble et tu les changeras en frères" (8).

(4) CITADELLE, 59.

(5) TERRE DES HOMMES, 205.

(6) LE PETIT PRINCE, 18.

(7) PILOTE DE GUERRE, 213.

(8) CITADELLE, 51.

toda negación de la humildad, toda limitación o aniquilación de posibilidades de la acción, es un ataque directo a la armonía de la humanidad.

"Qu'ai-je à recevoir des hommes si je ne me fais pas humble pour eux" (*).

Aventura y soberbia son, en principio, mistificación y desconocimiento de la metafísica humana, de la ontología fundamental. Son actitudes de extremo, de exageración, de exaltación o desprecio. Ignoran el equilibrio, la claridad y ponderación, la precisión y ecuanimidad de la humildad. No de la modestia, "cette qualité médiocre" (**), cualidad negativa del amor propio u orgullo, incluso de la dignidad, actitud del mismo orden de la aventura, sino de la humildad. La humildad no ensalza ni rebaja; la humildad no se proyecta ni propone; la humildad es cualidad ignorada y gratuita, que se halla "ya" presente, justificada por sí misma. La humildad es consciencia exacta de ser, saber de algo que trasciende los límites del hombre y de estos mismos límites, saber de la grandeza de que son capaces. Es humilde sacrificarse por un fin trascendente, cambiar la propia vida por un sentido externo y superior:

"Et nous eûmes peur. Nous eûmes peur non tant pour nous-mêmes que pour l'objet de nos efforts. Pour ce contre quoi nous nous échangeons au cours de la vie" (***).

como es humilde amar lo que perdura y sobrevive:

"Car moi je respecte d'abord ce qui dure plus que les Hommes" (****).

(*) CITADELLE, 403.

(**) TERRE DES HOMMES, 81.

(***) CITADELLE, 36.

(****) CITADELLE, 38.

"Car il n'est possible d'aimer qu'à travers la femme et non la femme" (a).

Esto nos revela una nueva relación. La actitud contemplativa, pacífica, serena, la que gana la eternidad por la extensión del tiempo en el lento devenir de las casas y los campos, de la tierra y las raíces, nos aparece ahora mucho menos reñida con la actitud dinámica, activa y agitada, que gana eternidad mediante comunión con los hombres en el oficio, en la labor, en la acción orientada, definida, sujeta a un sentido trascendente. La unión establecida entre las dos actitudes por su fin común, la eternidad, se nos refuerza ahora en la comunidad de principio y origen. Ambas actitudes, la activa y la contemplativa, parten de la humildad para llegar a la eternidad. De la humildad, que es sumisión y es orden, que es entrega a un sentido común, a un fin común, a una dirección, tanto en el sentido de orientación como en el sentido de dominio:

"Mais moi qui vous domine, je vous dis que vous aimez le même visage, quoique mal reconnu et mal découvert" (a).

Para la eternidad que es extensión del tiempo, perseverancia en la propia finitud, sublimación del pasado, por asunción de un sentido, sentido que se halla en las piedras de antaño, en los viejos retratos, en las paredes mohosas, en los muebles desvencijados, tanto como en la celeridad de aire, en la precipitación de árboles y horas, en la acción que une y explica, que justifica y orienta. En contemplación o acción, en guerra o en paz, multiplicar para permanecer:

(a) CITADELLE 162

(a) CITADELLE, 146.

"L'instinct essentiel est l'instinct de la permanence. Et celui-là qui a été bâti vivant de chair, cherche sa permanence dans la permanence de sa chair. Et celui-là qui a été bâti dans l'amour de Dieu cherche sa permanence dans son ascension en Dieu. Tu ne cherches point ce que tu ignores, tu cherches à sauver les conditions de ta grandeur dans la mesure où tu la sens. De ton amour dans la mesure où éprouves l'amour. Et je puis t'échanger ta vie contre plus haut qu'elle, sans que rien te soit enlevé" (*).

Sin rebasar los límites, sin desmentir el tiempo, sin desvirtuar la propia esencia, el cambio por algo más alto, más noble, por algo trascendente, libera y enaltece. Es un engrandecerse sin extralimitarse, un ennoblecerse sin exagerarse.

Sólo desde la humildad, por acción o habitación, se puede aspirar a lo eterno. Sólo por sumisión, por entrega a un sentido, se puede ampliar y acrecentar lo recibido sin ambición ni soberbia, se puede extender el tiempo a las regiones de la eternidad, extender el espacio a las de la infinitud:

"Me vint aussi la consolation de m'être délié de mes entraves, comme si toute cette chair racornie je l'avais changée dans l'invisible ainsi que des ailes. Comme si je me promenais, enfin né de moi-même, en compagnie de cet archange que j'avais tellement cherché. Comme si, d'abandonner ma vieille enveloppe, je me découvrais extraordinairement jeune. Et cette jeunesse n'était point faite d'enthousiasme, ni de désir, mais d'une extraordinaire sérénité. Cette jeunesse était de celles qui abordent l'éternité, non de celles qui abordent à l'aube les tumultes de la

(*) CITADELLE, 441-442.

vie. Elle était d'espace et de temps. Il me semblait devenir éternel d'avoir achevé de devenir" (*).

* * *

Por otra parte, acción y contemplación se complementan y apoyan mutuamente. La oración, la espera y la observación no son sino remansos teóricos del hombre práctico, paréntesis o escalas en las cuales el asceta, el sabio y el artista comprenden y experimentan la plenitud de la obra realizada. No hay deber cumplido sin reposo, por breve que sea, sin acto de contemplación que renueve las fuerzas y avive la esperanza, que proyecte a lo infinito y eterno, ya que sólo en la quietud se descubre la extensión:

"Dans le Dominicain qui prie il est une présence dense. Cet homme n'est jamais plus homme que quand le voilà prosterné et immobile. Dans Pasteur qui retient son souffle au-dessus de son microscope, il est une présence dense. Pasteur n'est jamais plus homme que quand il observe. Alors il progresse. Alors il se hâte. Alors il avance à pas de géant, bien qu'immobile, et il découvre l'étendue. Ainsi Cézanne immobile et muet, en face de son ébauche, est d'une présence inestimable. Il n'est jamais plus homme que lorsqu'il se tait, éprouve et juge. Alors sa toile lui devient plus vaste que la mer" (*).

Si ser hombre es ser responsable, comulgar en humanidad con los demás, y si es en la acción, en el oficio, en la labor, donde

(*) CITADELLE, 142-143.

(*) PILOTE DE GUERRE, 105-106.

se comulga más auténticamente, esta contemplación, este aguardar o retenerse en que se avanza a pasos agigantados, esta vertiginosa inmovilidad, es el correlato contemplativo de la acción, la apresurada espera, el retroceso estético de la ética, esencial a su pureza y orientación como etapa intermedia. Además, si la acción debe girar en torno a un sentido trascendente, la determinación, comprensión, asunción o aceptación de ese sentido implica una proyección, una contemplación, una calibración espiritual, un éxtasis. La contemplación es pues, no sólo etapa intermedia, sino prelude de la acción, prelude axiológico y teórico, formulación de principio o punto de partida. Las escalas intermedias no son quizá sino relevos de posta, donde se revisa y comprueba la fuerza y resistencia del sentido en que se camina.

Ahora bien, junto al correlato contemplativo de la acción hay un correlato activo de la contemplación. Cuando la acción la precede, la contemplación adquiere una intensidad sublime. La extensión descubierta en la quietud, en la paz embebida en la antigua mansión familiar, en el amor largo y lento, gana en dramático alcance, se duplica en horizonte, como ante un espejo, en las batallas y los vuelos, en la vigilia y la inquietud, en la distancia y la angustia de la celeridad.

"En effet, tu as connu autour de tes nuits solitaires ces élans désespérés vers telle ou telle dont tu remontais l'image, car toutes embellissent dans le silence... Et tu crois que la solitude de la guerre t'a fait perdre l'occasion merveilleuse. Et cependant l'apprentissage de l'amour tu ne le fais que dans les vacances de l'amour. Et l'apprentissage du paysage bleu de tes montagnes tu ne le fais que parmi les rocs qui mènent à la crête, et l'apprentissage de Dieu, tu ne le fais que dans l'exercice de prières auxquelles il n'est point répondu" (4).

(4) CITADELLE, 155.

Así pues, no sólo las casas quietas y apacibles, no sólo los jardines de infancia donde el tiempo se detiene y ensancha, son albergue y ascesis de eternidad. También en la acción misma, en el silencio y en la soledad sin descanso de las guerras, en la angustia, en la espera atribulada de momento final, tan esperado como inesperado, se ejercita el sabor de lo extenso y sazonado, de lo infinito y eterno. Teoría y práctica se unen por los dos cabos. Acción y contemplación, guerra y paz, se oponen, pues, tan sólo en apariencia, porque se oponen en medios, en caminos. No se oponen en esencia, porque no se oponen en origen, en objeto; no se oponen en principio ni en fines, en metafísica ni en teleología.

* * *

Sin embargo, la práctica no es sólo problema de fines, sino de medios. Y la división en métodos vitales es tanto más dramática y dolorosa cuanto más se asemejan los fines, cuanto más legítimos aparecen los medios al verse penetrados de la luz de un sentido común y humano. En la vida real no hay manera de hacer coincidir los dos caminos a la eternidad, la acción y la paz, el hogar y el oficio, por más que el hecho de guiarse por el mismo faro les conceda igualdad de derechos:

"En face de Rivière se dressait, non la femme de Fabien, mais un autre sens de la vie. Rivière ne pouvait qu'écouter, que plaindre cette petite voix, ce chant tellement triste, mais ennemi. Car l'action, ni le bonheur individuel, n'admettent le partage: ils sont en conflit. Cette femme parlait elle aussi au nom d'un monde absolu et de ses devoirs et de ses droits. Celui d'une clarté de lampe sur la table du soir, d'une chaise qui réclamait sa chair,

d'une patrie d'espoirs, de tendresses, de souvenirs. Elle exigeait son bien et elle avait raison. Et lui aussi, Rivière, avait raison, mais il ne pouvait rien opposer à la vérité de cette femme" (*).

Verdades del mismo orden y, no obstante, o quizá por ello, opuestas y en pugna. Pero, precisamente por esa igualdad de fines, por esa consiguiente legitimidad axiológica de medios, la elección de caminos cobra una trascendencia y una gravedad abrumadoras, y el método elegido se enriquece con el caudal arrebatao a los rechazados, gana en valor por haber herido, crece en volumen espiritual tanto más cuanto mayor es el precio pagado en términos de renuncia y destrucción, de sacrificio y de profanación:

"Elle devinait, avec gêne, qu'elle exprimait ici une vérité ennemie, regrettait presque d'être venue, eût voulu se cacher, et se retenait, de peur qu'on la remarquât trop, de tousser, de pleurer. Elle se découvrait insolite, inconvenante, comme nue. Mais sa vérité était si forte, que les regards fugitifs remontaient, à la robée, inlassablement, la lire dans son visage. Cette femme était très belle. Elle révélait aux hommes le monde sacré du bonheur. Elle révélait quelle matière auguste on touche, sans le savoir en agissant. Sous tant de regards, elle ferma les yeux. Elle révélait quelle paix, sans le savoir, on peut détruire" (**).

Pero este desgarramiento, esta dolorosa decisión, esta injusticia, son inevitables, dada la limitación del hombre:

(*) VOL DE NUIT, 124.
(**) VOL DE NUIT, 148.

"Un visage tiré de la pierre est fait de tous les visages refusés. Tous peuvent être beaux. Mais non tous ensemble. Sans doute son rêve est-il beau.

"Nous sommes lui et moi sur la crête de la montagne. Lui et moi, seuls. Nous sommes cette nuit sur la crête du monde. Nous nous retrouvons et nous nous joignons. Car rien à cette altitude ne nous divise. Il désire comme moi la justice. Et cependant il mourra... (**)

Y necesarios para la evolución vital, para la acción, para el progreso de la existencia:

"... pour que le désir se change en acte, pour que la force de l'arbre se fasse branche, pour que la femme devienne mère, il faut un choix. C'est de l'injustice du choix que naît la vie. Car celle-là aussi, qui était belle, mille l'aimaient. Et, pour être, elle les a réduits au désespoir. Est toujours injuste ce qui est.

"Je comprenais que toute création d'abord est cruelle" (**).

(*) CITADELLE, 108-109

(**) CITADELLE, 109.

3.—MEDIOS Y FINES

El error fundamental de nuestro mundo, el error que se ha transmitido de generación en generación y se ha afincado en sí mismo en vez de destruirse, es la previsión. El hombre, animal soberbio, es el único que ahorra conscientemente, el único que profetiza. Sólo el hombre se cree dueño de la clave del mundo, capaz de ver, dictar y disponer el futuro, que considera siempre, sin fundamento alguno, de la misma consistencia que el presente o el pasado.

"Quand je remonte vers le passé je divise le temple en pierres. Et l'opération est prévisible et simple. De meme si je répands en os et viscères le corps démantelé et en gravats le temple ou en chèvres, moutons, demeures et montagnes le domaine. . . Mais si je marche vers l'avenir, il me faudra toujours compter avec la naissance d'êtres nouveaux qui s'ajouteront aux matériaux et ne seront point prévisibles puisque d'une autre essence. Ces êtres-la je les dis uns et simples puisqu'ils meurent et disparaissent d'être divisés" (*).

Esta nueva consistencia del porvenir, esta imprevisibilidad unitaria, inexplicable por análisis, de lo aún no sucedido, parece

(*) CITADELLE, 90.

haber sido ignorada por los hombres, en especial por los científicos y filósofos sistemáticos, desde que el mundo es mundo. Y es que el hombre *h*ca ante todo en la lógica causal, en la simplificación por repetibilidad. El hombre sabe, o cree saber, que estas premisas darán siempre esa conclusión, que estos polvos traerán siempre aquellos lodos. El hombre es, no ya animal racional, sino bestia de cifra, tanto en el sentido de clave o código como en el de guarismo o porcentaje de probabilidades.

"Les grandes personnes aiment les chiffres. Quand vous leur parlez d'un nouvel ami, elles ne vous questionnent jamais sur l'essentiel. Elles ne vous disent jamais: "Quel est le son de sa voix? Quels sont les jeux qu'il préfère? Est-ce qu'il collectionne des papillons?" Elles vous demandent "Quel âge a-t-il? Combien gagne son père?" Alors seulement elles croient le connaître. Si vous dites aux grandes personnes: "J'ai vu une belle maison en briques roses, avec des géraniums aux fenêtres et des colombes sur le toit..." elles ne parviennent pas à s'imaginer cette maison. Il faut leur dire "J'ai vu une maison de cent mille francs" Alors elles s'écrient: "Comme c'est joli!" (14).

El pecado humano, el pecado filosófico, es esta transmutación de lo cualitativo en cuantitativo, esta reducción a fórmula algebraica de cuanto sólo puede expresarse en términos vitales o poéticos. El hombre gira a cargo de un futuro inmediato o remoto, pero siempre dudoso, con absoluta despreocupación, con superficial irresponsabilidad, con pueril confianza en su patrón de medida. El hombre calcula y establece, con ridícula y aparente seriedad, tablas de equivalencias, series de progresiones, que le darán con certeza matemática el secreto de los acontecimientos por

(14) LE PETIT PRINCE, 19-20.

venir. Se olvida del tiempo, olvida el verdadero, indefinible misterio del tiempo, sólo aprehensible por revelación:

"Ceux-là ne savent point attendre et ne comprendront aucun poème, car leur est ennemi le temps qui répare le désir, habille la fleur où mûrit le fruit. Ils cherchent à tirer leur plaisir des objets, quand il ne se tire que de la route qui se lit au travers" (15).

"Je ne me trompe point sur les objets. Ils ne sont jamais qu'objets d'un culte. Je touche aux instruments du cérémonial et leur trouve couleur de prière. Mais ceux-là qui ignorent le temps butent contre. L'enfant lui-même leur devient un objet qu'ils ne saisissent point dans sa perfection car il est chemin pour un Dieu que l'on ne saurait retenir. Ils le voudraient fixer dans sa grâce enfantine comme s'il était des provisions. Mais moi, si je croise un enfant, je le vois qui tente un sourire et qui rougit et cherche a fuir. Je connais ce qui le déchire. Et je pose la main sur son front, comme pour calmer la mer" (16).

Olvida la inocencia, la unidad, el secreto; se contenta con una clave de utilería, fáctica y superficial, que defrauda además con mayor frecuencia de la que se podría suponer al ver el celo impertinente con que el hombre renueva la confianza en ella.

La lógica es, en efecto, un esfuerzo, no muy intenso, pero un esfuerzo al fin y al cabo, por aprehender lo absoluto, por alcanzar la verdad. En este afán, los hombres han llegado hasta la deshu-

(15) CITADELLE, 429.

(16) CITADELLE, 429.

manización del mundo, hasta la destemporalización de la vida, han tratado de conciliarlo todo en el terreno de la forma pura, insulsa y vacía. A la geometrización del espacio ha seguido la matematización del lenguaje, que ya era de por sí bastante incapaz. Todo por la verdad, por la verdad absoluta.

Pero lo único que con ello han logrado alcanzar es la más relativa, inconsistente y esquelética de las verdades, la verdad por análisis, por descomposición, por inventario, por mutilación:

"Myopes et le nez contre, ils ne voient du navire que ce clou dans la planche. De la caravane dans le désert ils ne voient que ce pas et ce pas et ce pas" (51).

"Ne me décompte donc pas, pour m'éblouir, le nombre des pierres de ta maison, des pâturages de ton domaine, des bêtes de tes troupeaux, des bijoux de ta femme, ni même des souvenirs de tes amours. Peu m'importe. Je veux connaître la qualité de la maison bâtie, la ferveur de la religion de ton domaine, et si le repas s'y déroule joyeux au soir du travail accompli. Et quel amour tu as construit, et contre quoi, de plus durable que toi-même, s'est échangée ton existence. Je te veux devenu" (52).

Sólo en el devenir, en el devenir que conoce del tiempo, de su naturaleza indescifrable e imprevisible, está la verdad. El hombre "devenido" es el que sobrepasa las cosas muertas, amontonadas y abandonadas, el que trasciende lo vacío y descompuesto "como todos los muertos de la tierra, como todos los muertos que se olvidan en un montón de perros apagados" (53). El hombre

(51) CITADELLE, 431.

(52) CITADELLE, 441.

(53) Federico García Lorca, LLANTO POR I. SANCHEZ MEJIAS, IV.

"devenido" es el que busca, más allá de la suma de las partes, un todo misterioso, cuya revelación o no revelación sólo se hace posible en la temporalidad, en la existencialidad extralógica e inaprehensible. No puede haber verdad, si es verdad lo final y unitario, lo íntimo y secreto, fuera del tiempo, fuera de la vida. Hay coincidencia, consecuencia, que los hombres de ciencia toman como verdad en ilusorio olvido. Cuando el matemático llama verdadero al procedimiento que le da el resultado esperado, previsto, y pretende aplicar su descubrimiento a la vida, olvida que la más radical cualidad de ésta es la imprevisibilidad:

"Et si je vois un homme se promenant et qu'il marche vers l'est je ne prévois point son avenir. Car il est possible qu'il fasse les cent pas et qu'à l'instant ou je l'imagine bien établi dans son voyage il ne me désoriente par son demi-tour" (54).

"L'essentiel, nous ne savons pas le prévoir. Chacun de nous a connu les joies les plus chaudes là où rien ne les promettait" (61).

Y cuando el lógico pretende que la aprehensión de la realidad se realiza en la adjudicación de palabras a las cosas, olvida que la cualidad más radicalmente verdadera de la realidad es su unitaria inaprehensibilidad:

"Car les autres, ils s'imaginent que le monde tient dans les mots et que la parole d'homme exprime l'univers et les étoiles et le bonheur et le soleil couchant et le domaine et l'amour et l'ar-

(54) CITADELLE, 290.

(61) TERRE DES HOMMES, 219.

chitecture et le douleur et le silence... Mais moi j'ai connu l'homme en face de la montagne qu'il avait mission de saisir pelletée par pelletée" (18).

"Ainsi j'ai dit "montagne" et j'emporte la montagne en moi avec ses hyènes et ses chacals et ses ravins pleins de silence et sa montée vers les étoiles jusqu'aux crêtes mordues par les vents... mais ce n'est qu'un mot qu'il faut remplir" (19).

La verdad lógica, siempre demostrable, puesto que tan verdadero, lógicamente, es un sofisma como un silogismo, resulta pues desprovista de toda autenticidad:

"La vérité, ce n'est point ce qui se démontre" (20).

Y la actitud del lógico y del matemático, que se justificaría si se aplicase tan sólo a la ciencia, resulta descabellada y equivocada en su afán de comprimir y explicar la existencia. El fracaso evidente y abrumador no parece entorpecerles el camino; por el contrario, cuanto más se les resiste la realidad, con mayor y más impertinente insistencia vuelven los científicos a la carga. Se suceden las geometrías, las cosmologías y las antropologías, se multiplican y empujan unos a otros los sistemas que pretenden ofrecer, ahora sí, una cuadrícula más adaptable, una abstracción más concreta. Y si esos complicados y vanos formularios, si esos voluminosos tratados, fuesen pasatiempos o ejercicios gimnásticos, monumentales combinaciones de ajedrez, si admitiesen su colocación entre las obras del ingenio, y nada más, se justificarían. Pero con pomposa y ridícula soberbia se proclaman estudiantes de nuestra sencillísima e inexplicable existencia, guardianes del secreto, profetas del sentido.

(18) CITADELLE, 91.

(19) CITADELLE, 92.

(20) TERRE DES HOMMES, 220.

Y es que, en su esfuerzo por prever lo imprevisible, por clasificar lo inclasificable, en su mezquina desesperación ante la incapacidad del sujeto, los autores de sistemas han desdenado el objeto, han olvidado el punto de partida y de llegada, han hecho de su actividad el motivo de su actividad, han transferido al arma de conocimiento la importancia que sólo la posición por conquistar posea o deba poseer; en una palabra, han confundido, en plena ebriedad mental, el medio con los fines, lo urgente con lo importante.

Lo urgente es lo que se presenta como necesidad inmediata, primaria, anterior espacial y cronológicamente. Lo importante es lo postrero y permanente, lo esencial, lo final:

"Mais j'ai toujours appris a distinguer l'important de l'urgent. Car il est urgent, certes, que l'homme mange, car s'il n'est pas nourri il n'est point d'homme et il ne se pose plus de problème. Mais l'amour et le sens de la vie et le goût de Dieu sont plus importants" (21).

Lo urgente es lo significativo; lo importante, lo significado o significante. Lo urgente es el camino, el medio, el instrumento. Lo importante la meta, el fin, la obra:

"Je ne refuse point l'escalier des conquêtes qui permet à l'homme de monter plus haut. Mais je n'ai point confondu le moyen et le but, l'escalier et le temple. Il est urgent qu'un escalier permette d'accéder au temple sinon il restera désert. Mais le temple est seul important. Il est urgent que l'homme subsiste et trouve autour de soi les moyens de grandir. Mais il ne s'agit

(21) CITADELLE, 82.

là que de l'escalier qui mène à l'homme L'âme que jè lui batirai sera basilique car elle seule est importante" (*).

La confusión de urgencia e importancia, de medios y fines, es un efecto de la previsión, del deseo de reducir a un solo tiempo la temporalidad, a un solo ser el devenir, del afán de anteponer a lo presente o existente lo por venir o por vivir. Participa, pues, de su condición errónea. Pero es éste un error mucho más grave, en su doble aspecto lógico y axiológico; interesa la vida mucho más hondamente; no es un error de ciencia o de consciencia, sino un error de existencia.

* * *

La confusión lógica de medios y fines consiste en substituir a la realidad el lenguaje:

"Mais ils se sont trompés sur l'homme les faiseurs de formules. Et ils ont confondu la formule qui est ombre plate du cèdre avec le cèdre dans son volume, son poids, sa couleur, sa charge d'oiseaux, et son feuillage lesquels ne sauraient s'exprimer et tenir dans le faible vent des paroles..."

"Car ceux-là confondent la formule qui désigne et l'objet désigné" (*).

En efecto: acostumbrado desde la infancia a conocer las cosas a través de su nombre, el hombre pierde poco a poco el sen-

(*) CITADELLE, 83.

(*) CITADELLE, 97.

tido de entidad de la realidad, de ser independiente; grado a grado se despoja del sentido de trascendencia. El mundo viene a ser el conjunto de palabras; la realidad, mera gramática o lógica. Pero las cosas arrollan, con su patente multiplicidad y riqueza, la mísera facultad creativa, nominativa, que el hombre posee, y éste se ve dotado de un instrumento demasiado pobre para prender entes, relaciones, variedades, matices. Entonces repite con distinto sentido las mismas palabras que antes acuñara, y el lenguaje, al fin y al cabo producto inferior, en vez de enriquecerse, se retuerce; en vez de hacerse polifacético, se hace equívoco. Los momentos más intensos de la vida tienen que prescindir de él:

"Tu t'assoiras d'abord un peu loin de moi, comme ça, dans l'herbe. Je te regarderai du coin de l'oeil et tu ne diras rien. Le langage est source de malentendus" (*).

Sin una correspondencia con la realidad, sin un apoyo firme y hondo en ella, el lenguaje se desarraiga, se despega, se independiza. Y al perder contacto con la realidad, también lo pierde con el tiempo, se despega de él, se queda atrás, impotente, lento, gastado:

"Les notions de séparation, d'absence, de distance, de retour, si les mots sont demeurés les mêmes, ne contiennent plus les mêmes réalités. Pour saisir le monde aujourd'hui, nous usons d'un langage qui fut établi pour le monde d'hier" (*).

Los hombres tienen que entenderse con útiles vacíos, y el triste resultado es que se confunden y engañan. El lenguaje es el

(*) LE PETIT PRINCE, 69.

(*) TERRE DES HOMMES, 66.

gran factor de división humana; el logos, lo urgente, el medio exterior, es el máximo agente de discordia y de separación:

"Tous, sous les mots contradictoires, nous exprimons les mêmes élans. Nous nous divisons sur des méthodes qui son les fruits de nos raisonnements; non sur les buts: ils sont les mêmes" (1).

De división, y no de concentración, ya que la contradicción auténtica, la que la lógica rechaza, reúne y enriquece, por síntesis:

"Ainsi m'apparut-il qu'il était vain et dangereux d'interdire les contradictions. Ainsi répondais-je à mes généraux qui me venaient parler de l'ordremais confondaient l'ordre qui est puissance avec l'arrangement des musées.

"Car moi je dis que l'arbre est ordre. Mais ordre ici c'est unité qui domine le disparate" (2).

"Quand le Naziste respecte exclusivement qui lui ressemble, il ne respecte rien que soi-même. Il refuse les contradictions créatrices, ruine tout espoir d'ascension, et fonde pour mille ans, en place d'un homme, le robot d'une termitière. L'ordre pour l'ordre châtre l'homme de son pouvoir essentiel, qui est de transformer et le monde et soi-même. La vie crée l'ordre, mais l'ordre ne crée pas la vie" (3).

(1) TERRE DES HOMMES, 235.

(2) CITADELLE, 97.

(3) LETTRE A UN OTAGE, 60.

El lenguaje, por ser orden estático y analítico, no orden unificador y proyectado a un fin, dinámico, sintético, resulta en división humana, en pleito vital, en tremendo y babélico embrollo. Nacido del alán de prever y simplificar, de formular y formalizar a priori, de abstraer, el lenguaje viene a ser instrumento científico, lógico, matemático, pero es al mismo tiempo enemigo del hombre por ser el gran traidor a la necesidad de relación humana, por haber adquirido en rebeldía ilegal autonomía de la realidad en que los hombres comulgan, falsificando así la misma esencia de la humanidad:

"Pour comprendre l'homme et ses besoins, pour le connaître dans ce qu'il a d'essentiel, il ne faut pas opposer l'une à l'autre l'évidence de vos vérités. Oui, vous avez raison. Vous avez tous raison. La logique démontre tout" (4).

"Pourquoi nous haïr? Nous sommes solidaires, emportés par la même navire. Et s'il est bon que des civilisations s'opposent pour favoriser des synthèses nouvelles, il est monstrueux qu'elles s'entre-dévorent" (5).

"A cause d'une fausse algèbre ces imbéciles ont cru qu'il existait des contraires. Et le contraire de la démagogie c'est la cruauté. Alors que le réseau de relations dans la vie est tel que, si tu anéantis l'un de tes deux contraires tu meurs" (6).

(4) TERRE DES HOMMES, 238.

(5) TERRE DES HOMMES, 242.

(6) CITADELLE, 237.

El hombre, pues, no debe confundir el medio con el fin, no debe nunca tomar por real aquello que no es sino ilusorio o representativo. Debe buscar al hombre su semejante, no en los medios, no en las palabras, que confunden y alejan, sino en los fines, en el fin, en la esencia, en ese planeta común, cuyo destino compartimos todos. El hombre debe entender la contradicción como oposición favorable y necesaria a la vida, puesto que se enriquece el fin con la multiplicidad de medios y la consiguiente necesidad de elección; no debe creer en la necesidad lógica de desterrar del universo A todo lo que no es igual a A.

"Car le cèdre n'est point refus et haine de ce qui n'est point cèdre, mais rocaille drainée par le cèdre et devenue arbre" (11).

Pero esto nos conduce ya al aspecto axiológico.

* * *

Si la verdad no es lo que se demuestra, puesto que toda verdad lógica es demostrable, puesto que es posible la antinomia y la diferenciación; si en esa verdad auténtica, vital, que trasciende toda demostración, es imposible prever, puesto que prever es ya demostrar, formular, referir al archivo del pasado, creer en la repetibilidad; si la ética es función vital, y no lógica, y por lo tanto del orden de la imprevisibilidad e informulabilidad, el orden tradicional de los términos en la razón medio-fin está invertido. La creencia en la legitimidad "a priori" de los medios, la afirmación de que "estos medios darán aquellos fines", es un fenómeno de previsión, de lógica causal, pero no de ética o axiología. El fin es lo importante; el medio es lo urgente. Creer en el medio como causa u origen del fin es como afirmar que la escalera precede axioló-

(11) CITADELLE, 298.

gica y ontológicamente al templo, que no conduce a él, sino que lo produce y valúa.

La actitud propia de lo vital, y por ende de lo ético, debe ser aquella que parte hacia el fin en acto de fe, confiando en los medios escogidos, y espera a que el fin, por su realización o fracaso, acredite o desmienta su legitimidad, su utilidad. La estimación, la consideración del medio, no puede preceder a la realización del fin. La escalinata no puede construirse si no ha sido edificado primero el templo; el lenguaje no puede formularse si no hay ya una realidad por señalar y denominar; el avión no puede fabricarse y conducirse si ello no obedece a la necesidad de descubrir tierras preexistentes. El medio no puede ser considerado lo esencial, sino lo inmediato, sin que esto suponga una precedencia cronológica; el medio no puede nunca substituir al fin, sino llevar a él. Los que se asustan del maquinismo empiezan ya a desconfiar del medio que ellos mismos han creado, a atribuirle cierta calidad de moderno Prometeo, de monstruo de Frankenstein:

"Il me semble qu'ils confondent but et moyen, ceux qui s'effraient par trop de nos progrès techniques. Quiconque lutte dans l'unique espoir de biens matériels, en effet, ne récolte rien qui vaille de vivre. Mais la machine n'est pas un but. L'avion n'est pas un but, c'est un outil. Un outil comme la charrue" (12).

Y el que regala, mima o compadace su propio cuerpo convierte en fin mediocre el más útil e inmediato de los instrumentos, nunca punto de vista, sino animal doméstico, herramienta y criado, palanca de la acción:

(12) TERRE DES HOMMES, 65.

"L'épreuve, j'en faisais une épreuve pour ma chair. Je l'imaginai subie dans ma chair. Le point de vue que j'adoptais nécessairement était celui de mon corps même. On s'est tant occupé de son corps! On l'a tellement habillé, lavé, soigné, rasé, abreuvé, nourri. On s'est identifié à cet animal domestique. On l'a conduit chez le tailleur, chez le médecin, chez le chirurgien. On a souffert avec lui. On a crié avec lui. On a aimé avec lui. On dit de lui c'est moi. Et voilà tout à coup que cette illusion s'écroule. On se moque bien du corps! On le relègue au rang de valetaille. Que la colère se fasse un peu vive, que l'amour s'exalte, que la haine se noue, alors craque cette fameuse solidarité" (11).

Es el cuerpo lo urgente, y el acto lo importante, el acto al cual el cuerpo sirve y pertenece, a través de la esencia personal del hombre que se dirige, que dirige su corporalidad, a un fin o en un sentido.

"Tu loges dans ton acte même. Ton acte, c'est toi. Tu ne te trouves plus ailleurs! Ton corps est de toi, il n'est plus toi" (12).

No cabe, pues, hablar de medios en terreno axiológico. Ni siquiera tiene sentido decir que el fin los justifica. No necesitan justificación; no tienen existencia. No valen por sí mismos. El fin es lo único existente, lo único potente y lo único creador; el medio se deriva del fin mismo, el fin lo dicta, el fin lo determina, el fin lo explica. Bendito lo negativo, lo llamado negativo, si realiza lo positivo:

(11) PILOTE DE GUERRE, 167.

(12) PILOTE DE GUERRE, 168.

"Peu important les chacals, si la vérité des gazelles est de goûter la peur, qui les contraint seule à se surpasser et tire d'elles les plus hautes voltiges!" (13).

Su negatividad se nos revelará, una vez transfigurada por el fin, aparente o ilusoria, provisional e inexistente:

"Il faisait peut-être souffrir, mais procurait aussi aux hommes de fortes joies. Il faut les pousser, pensait-il, vers une vie forte qui entraîne des souffrances et des joies, mais qui seule compte" (14).

El litigio es de medios, no de fines. La división es culpa del lenguaje:

"Mais je sais aussi que ces litiges ne sont que litiges de langage et que chaque fois que l'homme s'élève, il les observe d'un peu plus haut. Et les litiges ne sont plus" (15).

Justicia e injusticia son palabras vacías, sin sentido. El conflicto de acción y de paz sólo es injusto hacia cualquiera de las partes, o hacia ambas, cuando se olvida el fin, la eternidad, fin común, compartido; cuando se sacan los medios a la liza. Despojados los medios de esta inmerecida importancia, el fin común da al conflicto carácter de contradicción, de lucha leal, de sólida y fructífera síntesis, donde suenan a hueco términos convencionales como "lo justo y lo injusto", "lo bueno y lo malo".

(13) TERRE DES HOMMES, 232.

(14) VOL DE NUIT, 49.

(15) CITADELLE, 69.

"Il était indifférent à Rivière de paraître juste ou injuste. Peut-être ces mots-là n'avaient-ils même pas de sens pour lui" (14).

"Seul un langage insuffisant oppose les hommes les uns aux autres, car ce qu'ils souhaitent ne varie point. Je n'ai jamais rencontré celui-là qui souhaitât ou le désordre, ou la bassesse et la ruine. L'usage qui les tourmente et qu'ils aimeraient fonder se ressemble d'un bout à l'autre de l'univers mais les voies par lesquelles ils cherchent à l'atteindre diffèrent. Celui-là croit que la liberté permettra à l'homme de s'épanouir, l'autre que la contrainte le bâtera grand, et tous deux souhaitent sa grandeur" (15).

* * *

Esta actitud acarrea como forzosa consecuencia la crisis de la normatividad.

Si examinamos cuidadosamente las normas generales, mal llamadas universales, que rigen la vida de nuestro mundo, si bien de manera bastante ilusoria y nominal, habremos de reconocer en ellas el ejemplo más claro y concreto de previsión y de inversión, la manifestación más rotunda del pecado o defecto que hemos señalado.

En efecto: la norma nos aparece como una fórmula que, como la palabra, pretende transmitir un juicio o pensamiento a todos los hombres, en todo tiempo, todo lugar y bajo cualesquiera circunstancias. Una norma tan antigua y arraigada como "no matarás" aspira a ser válida universal e intemporalmente, y se halla presente en casi todos los sistemas morales y religiosos.

(14) VOL DE NUIT, 48.

(15) CITADELLE, 78.

Sin embargo, nunca se nos ofrece como fin en sí. No matar es un medio, un modo de alcanzar un fin externo, sea éste el logro de la beatitud, el privilegio de disfrutar de una conciencia limpia, el respeto de los semejantes, la recompensa divina, etc. Ahora bien, estos fines, por su diversidad misma, confieren al medio una sospechosa solidez. En lugar de afirmarse a sí mismos, en lugar de imprimir en el medio su fuerza y su calidad, parecen solicitar de él cierta nobleza, cierto abolemento ético, del cual ellos mismos no se creen capaces. Al mismo tiempo que se nos dice que no hemos de matar porque ello disgusta a nuestro Dios, parece insinuárnosnos que nuestro Dios es noble porque nos prohíbe el asesinato. La norma de "no matar", utilizada en común por la mayor parte de los sistemas morales y religiosos, es pues, o un fin en sí misma (de lo cual habría que deducir, con severísimas consecuencias, que las normas comunes se autojustifican y hacen inútiles los sistemas que las explotan o capitalizan) o una convención, un "poncif", un lugar común, el paño de lágrimas de cuantos códigos o enunciados prácticos quieran aprovecharlo.

La autosuficiencia de la norma no parece aceptable. Los mismos sistemas que la pregonan establecen circunstancias atenuantes y eximentes; los mismos sistemas que la defienden instituyen, en su nombre mismo, actos como el proceso y funciones como las de inquisidor, soldado y verdugo. "No matar" a secas no quiere decir nada; hay siempre que ponerlo en relación con el fin, el motivo, la situación. No es, pues, un fin.

Habría de ser un medio, entonces. Pero, si se separa de su fin, como hemos visto, el medio entra en crisis. Sólo se entiende el medio como urgencia, como camino a un fin. Ahora bien, si aún no hemos ganado el cielo, si no hemos conseguido purificar del todo nuestra conciencia, si la recompensa no es sino una promesa que puede no cumplirse, si, en una palabra, los fines que se nos brindan como remate del "no matar" no se nos han realizado todavía, ¿cómo vamos a asegurarnos de la legitimidad del medio? Por un acto de fe, desde luego, pero ¿de fe en qué? No en el fin mis-

mo, sino en el medio, en su validez, en su utilidad. La palabra del profeta es hipotética, condicional: "Si obras bien, ganarás el cielo; si sigues los preceptos de la ley divina, Dios te lo premiará". Muy frágil se nos antoja un fin que depende de un medio tan estrechamente; muy débil una fe en que la observancia de las reglas nos llevará a la meta apetecida. Las normas nos aparecen pues, como un remedio, como un remiendo, a la debilidad humana: el hombre no puede, no sabe creer en lo remoto. Hay que tenderle un puente para que pueda ver lo que hay en la otra orilla, y hay que exigirle, por extraño que esto parezca, una fe "sui generis", no una fe en que la otra orilla es, está, ofrece y espera, sino una fe en que el puente no se hundirá ni nos extraviará. La norma es una simplificación, una abstracción, una racionalización, como la palabra; la norma suple la carencia, en la masa humana, de intuición teleológica, como la palabra universal, el logos, suple la carencia de intuición metafísica o poética. La norma se hace para el hombre que no sabe o no puede ver a Dios.

Pero, al mismo tiempo que le aligera la carga y le allana el camino, le arrebató la posibilidad. El hombre pasa a depender de la norma como la realidad dependía del lenguaje; la norma se convierte en medio rebelado, sublevado, autónomo en ilegalidad; la norma prevé, en el hombre incapaz de ver a Dios, su incapacidad definitiva. No espera, no aguarda, no tiene el sentido del tiempo, de la diversidad y multiplicidad de posibilidades, de la contradicción. Absorbe y arrebató, tan ambiciosa como la palabra, tan insuficiente como ella, por querer sustentar en el razonamiento lo que sólo se apoya en la intuición.

"Demeure des hommes, qui te fonderait sur le raisonnement? Qui serait capable, selon la logique, de te bâtir? Tu existes et n'existes pas. Tu es et tu n'es pas" (*).

(*) CITADELLE, 31.

Toda lógica, todo razonamiento, toda convención, todo signo, es material superfluo en la edificación de una sociedad humana. No de un hormiguero, en que todos se pliegan a las exigencias de un jefe, sino de una comunidad, en que todos se unen, por caminos distintos, en: un centro común, un fin común, un sentido común. El jefe es, en la Ciudadela, no el que dicta la norma, sino el que muestra el Sentido; no el que legisla el medio, sino el que señala el fin:

"Car je veux vous guider de la main vers vous-mêmes...
Je suis la bonne saison des hommes" (*).

Hacia sí mismo; es en el hombre mismo donde se encontrará el secreto del fin. En su autarquía, en su autonomía, está su liberación:

"Il est aisé de fonder l'ordre d'une société sur la soumission de chacun à des règles fixes. Il est aisé de façonner un homme aveugle qui subisse, sans protester, un maître ou un Coran. Mais la réussite est autrement haute qui consiste, pour délivrer l'homme, à le faire régner sur soi-même" (*).

* * *

Expropiado el lenguaje de esa entidad postiza y autónoma, embebidos los hombres en la maravillosa comunidad del silencio,

(*) CITADELLE, 136.

(*) PILOTE DE GUERRE, 221.

que todo revela por no fraguar, fijar ni definir, pulverizada la lógica, que desde la posición de ventaja de su formulismo helado hace posible, en terrenos que no toca, la demostración de verdades equívocas, olvidada la historia, profecía a la inversa, barato filón de referencias, de previsiones y demostraciones, limitada la moral al imperio del hombre sobre sí mismo y a su entrega a un sentido común, más allá de las normas vacías y convencionales, el hombre habrá llegado a su máxima realización. Por caminos radiales, diferentes quizá, pero nunca mejores ni peores, sino transfigurados de verdad por el fin silencioso, presente, trascendente, hondo y extenso al tiempo como el secreto mágico del desierto, la humanidad cumplará por el sentido en el fin único y último, el fin divino.

"J'étais berger et tabernacle de leurs cantiques et dépositaire de leurs destinées, maître de leurs biens et de leurs vies et cependant plus pauvre qu'eux et plus humble dans mon orgueil qui ne se laissait point fléchir. Sachant bien qu'il n'était rien là a recevoir. Simplement ils devenaient en moi et leur cantique se fondait dans mon silence. Et par moi, eux et moi, n'étions plus que prêtre qui se fondait dans le silence de Dieu" (*).

(*) CITADELLE, 204.

4.—LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

Si todos los hombres se encaminan al mismo fin, si en la realización de éste reside el sentido único y universal de sus vidas, la existencia humana se convierte en una gigantesca colaboración, en un esfuerzo conjunto de los hombres en torno a una misma obra, una misma labor, un mismo tejido. Y esa cooperación al mismo fin, que da a los hombres un principio de comunidad, que los agrupa y reúne alrededor de un centro de atención y vocación, es la verdadera caridad, el verdadero amor:

"La charité selon le sens de mon empire c'est la collaboration" (*).

"Lits à nos frères par un but commun et qui se situe en dehors de nous, alors seulement nous respirons et l'expérience nous montre qu'aimer ce n'est point nous regarder l'un l'autre mais regarder ensemble dans la même direction. Il n'est de camarades que s'ils s'unissent dans la même cordée, vers le même sommet en quoi ils se retrouvent" (*).

Pero si cada hombre, por el hecho de serlo, participa en la

(*) CITADELLE, 49.

(*) TERRE DES HOMMES, 234.

labor, coopera a la realización de lo que otros al mismo tiempo que él se han señalado como razón suprema, la responsabilidad de esa realización deberá descansar en todos los hombres. No puede hablarse de diferencia de responsabilidades. Cada hombre es responsable de todos los demás y de la obra común. Todo hombre debe considerarse ligado y obligado a sus semejantes por la imperiosa exigencia de la labor señalada por todos para todos:

"Pesa sur mon coeur le poids du monde comme si j'en avais la charge" (11).

"—Moi, dit mon père, je suis responsable de tous les actes de tous les hommes.

"—Cependant, lui dit-on, ceux-là se conduisent en lâches et ceux-ci trahissent. Où se logerait ta faute?

"—Si quelqu'un se conduit en lâche, c'est moi. Et si quelqu'un trahit, c'est moi qui me trahis moi-même". (12)

"La communauté spirituelle des hommes dans le monde n'a pas joué en notre faveur. Mais, en fondant cette communauté des hommes dans le monde, nous eussions sauvé le monde et nous-mêmes. Nous avons failli à cette tâche. Chacun est responsable de tous. Chacun est seul responsable. Chacun est seul responsable de tous. Je comprends pour la première fois l'un des mystères de la religion dont est sortie la civilisation que je revendique comme mienne: 'Porter les péchés des hommes...' Et chacun porte tous les péchés de tous les hommes". (13)

(11) CITADELLE, 144.

(12) CITADELLE, 387.

(13) PILOTE DE GUERRE, 212.

Para el burgués, para el sedentario, sólo es responsable el hombre de aquello que él mismo ha hecho; pagar por los demás es injusto. Para el hombre que se aferra a un presente estático y destemporalizado, que se niega a devenir, que se encuentra bien donde y cuando está, la justicia de la gran comunidad humana no existe. Sólo hay justicia personal, individual, en el don que se le hace o en el que él se hace a sí mismo, sin cambio, sin correspondencia, sin reciprocidad. Pero este sentido de responsabilidad, animado como la soberbia y la aventura por el horror a la trascendencia, es, al igual que los términos de justicia e injusticia, palabrería hueca. Implica la previa diferenciación de fines por la cual el hombre se separa e individualiza, por la cual convierte su pequeño "yo", que era medio de realización general, en fin en sí, por la cual confunde nuevamente lo urgente con lo importante y da al individuo, segregado de la humanidad, la misma inconsistencia y vaciedad del lenguaje desprendido de las cosas.

"Ce refus d'être transcendés:

"—Moi, disent-ils...

"Et ils se frappent le ventre. Comme s'il était quelqu'un en eux, par eux." Ainsi des pierres du temple qui diraient: moi, moi, moi...

"De même ceux-là que je condamnais à extraire les diamants. La sueur, les ahans, l'abrutissement devenaient diamants et lumière. Et ils existaient par le diamant qui était leur signification. Mais vint le jour où ils se révoltèrent. 'Moi, moi, moi!' disaient-ils. Voici qu'ils refusaient de se soumettre au diamant. Ils ne voulaient plus devenir. Mais se sentir honorés pour eux-mêmes. Au lieu du diamant ils se proposaient eux-mêmes pour modèle. Ils étaient laids car ils sont beaux en le diamant. Car les pierres sont belles en le temple. Car l'arbre est beau en le domaine. Car le fleuve est beau en l'empire. Et l'on chante le fleuve: toi, le nourricier de nos troupeaux, toi le sang lent de nos plaines, toi le conducteur de nos navires...

"Mais ceux-là s'estimaient comme but et comme fin. Et ne s'intéressant plus désormais qu'à ce qui les servait, non à plus haut qu'eux-mêmes qu'ils eussent servi". (*)

El hombre tiene raíces; no debe renegarlas:

"Nous devons, avant tout, ne rien renier de ce dont nous sommes". (*)

Sus raíces están en la tierra, en la tierra de los hombres. Su angustia, su preocupación, sus limitaciones, son las mismas que las de los demás; todos sufren del tiempo, todos pesan en el espacio. Es, no ya justo, sino humano, esencial a la humanidad, que todos compartan la responsabilidad:

"Être homme, c'est précisément être responsable. C'est connaître la honte en face d'une misère qui ne semblait pas dépendre de soi. C'est être fier d'une victoire que les camarades ont remportée. C'est sentir, en posant sa pierre, que l'on contribue à bâtir le monde". (*)

Y esto, que a primera vista parece implacable, y que sólo lo es para el hombre mundano, egoísta, encierra una profunda vena de misericordia. El hombre, benéficamente hundido en la comunidad de seres con un mismo sentido, se convierte a sí mismo en medio e instrumento, en vehículo de ese lazo de relaciones, en

(*) CITADELLE, 229.
(*) PILOTE DE GUERRE, 208.
(*) TERRE DES HOMMES, 62.

piedra de esa catedral. No se castiga en el individuo al individuo mismo, sino al hombre, a la piedra, a la parte de un todo unitario. No es el individuo la génesis del Bien y del Mal, sino su vía y símbolo, su rostro y su fenómeno, su instrumento:

"Je ne sais ce que vaut l'image qui me vient, mais je me dis: l'individu n'est qu'une route. L'Homme qui l'emprunte compte seul". (*)

"Il pensa encore pour se rassurer: 'Tous ces hommes, je les aime, mais ce n'est pas eux que je combats. C'est ce qui passe par eux...'" (*)

El hombre no crea la circunstancia, sino que la ayuda a producirse, con su peso, con sus manos:

"Après une longue année de lutte, Rivière l'avait emporté. Les uns disaient: 'à cause de sa foi', les autres: 'à cause de sa ténacité, de sa puissance d'ours en marche'; mais, selon lui, plus simplement, parce qu'il pesait dans la bonne direction". (*)

Hay pues ya, en el castigo, un principio de piedad y de perdón, porque se reconoce la trascendencia de lo bueno y lo malo:

"La pourriture de mes hommes est avant tout pourriture de l'empire qui fonde les hommes. Car s'il était vivant et sain il exalterait leur noblesse". (*)

(*) PILOTE DE GUERRE, 214.
(*) VOL DE NUIT, 86.
(*) VOL DE NUIT, 101.
(*) CITADELLE, 75.

Esta es la verdadera justicia, la que supera la vacía palabra, el término confuso:

"La justice selon moi, me dit mon père, est d'honorer le dépositaire a cause du dépôt. Autant que je m'honore moi-même. Car il reflète la même lumière. Aussi peu visible qu'elle soit en lui. La justice est de le considérer comme véhicule et comme chemin". (181)

Y esta consciencia de trascendencia, esta paradójica exención de responsabilidad individual, es la base del amor, o de la caridad, y de la amistad:

"L'ami d'abord c'est celui que ne juge point". (182)

"L'amitié je la reconnais à ce qu'elle ne peut être déçue, et je reconnais l'amour véritable à ce qu'il ne peut être lésé". (183)

No puede juzgar, ni decepcionarse, aquel que sabe de la existencia de una fuerza externa, oscura, que utiliza al hombre como camino y representación, como útil y medio. No puede juzgar ni decepcionarse el que, en acto pleno de humildad, conoce y reconoce la escasa importancia del hombre individual, relega al individuo al rango de la urgencia, y se mantiene a salvo de la tentación de ensalzarle por su misma inmunidad a la fiebre de rebajarle. Ya que, una vez más, la humildad es precisión, claridad,

(181) CITADELLE, 47.

(182) CITADELLE, 171.

(183) CITADELLE, 165.

exactitud de sentimiento y de conocimiento. Rebajar y enaltecer incurren en el mismo pecado de exaltación:

"A quoi bon répondre? Que trouveras-tu dans son audience? Tu demandais d'abord à être reçu dans le silence, non pour tel geste, non pour tel autre, non pour telle vertu, non pour telle autre, non pour ce mot ni l'autre mot, mais dans ta misère, tel que tu es". (184)

Y amar es dar sentido, comulgar en el fin, acentuar en el individuo lo que tiene de hombre, de trascendente, de esencial y secreto, tanto al considerarle sujeto de la responsabilidad universal como al hacerse, uno mismo, sujeto de responsabilidad hacia él:

"Le petit prince s'en fut revoir les roses:

"—Vous n'êtes pas du tout semblables à ma rose, vous n'êtes rien encore, leur dit-il. Personne ne vous a apprivoisées et vous n'avez apprivoisé personne. Vous êtes comme était mon renard. Ce n'était qu'un renard semblable à cent mille autres. Mais j'en ai fait mon ami, et il est maintenant unique au monde.

"Et les roses étaient bien gênées.

"—Vous êtes belles, mais vous êtes vides, leur dit-il encore. On ne peut pas mourir pour vous. Bien sûr, ma rose à moi, un passant ordinaire croirait qu'elle vous ressemble. Mais à elle seule elle est plus importante que vous toutes, puisque c'est elle que j'ai arrosée. Puisque c'est elle que j'ai mise sous globe. Puisque c'est elle que j'ai abritée par le paravent. Puisque c'est elle dont j'ai tué les chenilles (sauf les deux ou trois pour les papillons). Puisque c'est elle que j'ai écoutée se plaindre, ou se vanter, ou même quelquefois se taire, Puisque c'est ma rose.

"Et il revint vers le renard.

"—Adieu, dit-il...

(184) CITADELLE, 486.

"—Adieu, dit le renard. Voici mon secret. Il est très simple: on ne voit bien qu'avec le coeur. L'essentiel est invisible pour les yeux.

"—L'essentiel est invisible pour les yeux, répéta le petit prince, afin de se souvenir.

"—C'est le temps que tu as perdu pour ta rose qui fait ta rose si importante.

"—C'est le temps que j'ai perdu pour ma rose... fit le petit prince, afin de se souvenir.

"—Les hommes ont oublié cette vérité, dit le renard. Mais tu ne dois pas l'oublier. Tu deviens responsable pour toujours de ce que tu as apprivoisé. Tu es responsable de ta rose...

"—Je suis responsable de ma rose... répéta le petit prince, afin de se souvenir". (10)

Y cuando el hombre se rebela, cuando se niega a admitir su función de parte de un todo, de aspecto y símbolo de esa transcendencia oculta, no sólo reniega de su condición y especie, no sólo se cierra al amor y a la amistad, no sólo fomenta la división, no sólo se substraer a esa misericordia que hace de él vehículo inocente, sino que pierde su libertad.

* * *

Ya que la libertad es libertad de ser.

"Et ce n'est point être libre que de n'être pas". (11)

"Les avantages que je puis tirer d'une activité d'écrivain, cette liberté par exemple dont je pourrais peut-être disposer, et qui me permettrait, si mon métier au Groupe 2/33 me déplaçait,

(10) LE PETIT PRINCE, 72-74.

(11) CITADELLE, 27.

d'obtenir de m'en dégager pour d'autres fonctions, je les réproouve avec une sorte d'effroi. Ce n'est que la liberté de n'être point." (12)

"Ceux que je hais, c'est d'abord ceux qui ne sont point. Race de chiens qui se croient libres, parce que libres de changer d'avis, de renier (et comment sauraient-ils qu'ils renient puisqu'ils sont juges d'eux mêmes?)" (13)

Cuando un hombre descansa del peso proporcional del edificio, cuando los compañeros en torno suyo se apresuran a distribuirse la carga, cuando el correo de un avión averiado se reparte entre los dos o tres que, unidos por el mismo fin, vienen en su ayuda, el hombre entra en el hondo, intenso paréntesis contemplativo de la acción, paréntesis que, ya puede llamarse "metafísico". En ese momento de descanso, de desahogo, de comunidad tan radical que no admite agradecimiento ni compasión, el hombre es:

"Plaire, c'est encore être deux. C'est encore être divisé. Mais il existe une altitude des relations où la reconnaissance comme la pitié perdent leur sens. C'est là que l'on respire comme un prisonnier délivré". (14)

Esa es la verdadera libertad, la verdadera liberación; en ella, el hombre es, no en abstracto, sino de la única manera que se puede ser, que se puede ser libre, en y con. El instante de contemplación le revela su entañamiento en el mundo, en la tierra de los hombres, le revela sus raíces y su esencia, su esencia hu-

(12) PILOTE DE GUERRE, 184.

(13) CITADELLE, 115.

(14) TERRE DES HOMMES, 233.

mana. Bark, esclavo de los nómadas del desierto, hombre de acción y movimiento a pesar suyo, clavado a los recuerdos de su casa blanca, bajo la palmera, se descubre vacío, inesencial, al recobrar con la libertad la suave, contemplativa sedentariedad de las ciudades:

"Il entraîna encore Abdalah vers la ville. Il erra devant les échoppes juives, regarda la mer, songea qu'il pouva't marcher à son gré dans n'importe quelle direction, qu'il était libre... Mais cette liberté lui parut amère: elle lui découvrait surtout à quel point il manquait de liens avec le monde." (111)

Ahora bien, para hacer es preciso ser. Para poner en juego esa libertad, para darle un sentido, para entrar en acción, hay que ser, que ser hombre en el mundo de los hombres. La acción depende de la esencia:

"Que doit faire l'homme pour créer le premier navire? La formule est bien trop compliquée. Ce navire naîtra, en fin de compte, de mille tâtonnements contradictoires. Mais cet homme, que doit-il être? Ici je tiens la création par sa racine. Il doit être marchand ou soldat, car alors nécessairement, par amour des terres lointaines, il suscitera les techniciens, drainera les ouvriers, et lancera, un jour, son navire!" (111)

Sólo hace quien es, y a la recíproca, sólo es quien hace, ya que ser es, para el hombre, sentir y aceptar el peso del mundo sobre los hombros, solidarizarse en la labor, en la obra. Sólo es

(110) TERRE DES HOMMES, 143.
(111) PILOTE DE GUERRE, 207.

quien soporta un peso universal para, a su vez, gravitar en el universo:

"Mais je ne tombai point. De la nuque aux talons je me découvrals noué à la terre. J'éprouvais une sorte d'apaisement à lui abandonner mon poids. La gravitation m'apparaissait souveraine comme l'amour." (112)

Gravitar es responsabilizarse. Y la gravedad es la cualidad maestra:

"Il est une qualité qui n'a point de nom. Peut-être est-ce la 'gravité', mais le mot ne satisfait pas. Car cette qualité peut s'accompagner de la galeté la plus souriante. C'est la qualité même du charpentier qui s'installe d'égal à égal en face de sa pièce de bois, la palpe, la mesure, et, loin de traiter à la légère, rassemble à son propos toutes ses vertus". (113)

Es decir, la gravedad es al mismo tiempo el profundo sentido de la responsabilidad del artesano, del hombre de obra, de acción, y la penetración completa, la calibración, de los materiales o de las condiciones con o contra las cuales la obra va a realizarse. Es la gravedad la unión radical de dos tipos de intuición metafísica, uno interior y uno exterior: la intuición de sí mismo, de la propia calidad humana, la aprehensión de sí mismo como hombre de oficio, de misión, de comisión en el mundo, ante el mundo, y la intuición de la condición, del marco que limita la acción por emprender. Es la gravedad la humildad misma, entendida, como se ha dicho, como precisión y exactitud; es la grave-

(112) TERRE DES HOMMES, 82.

(113) TERRE DES HOMMES, 48.

dad la responsabilidad misma, filtrada ya de vapor ontológico, y es la gravedad la vocación, la presencia en la tierra, la potencia de nuestro peso, de nuestro volumen, de nuestra espacialidad, junto a los hombres, entre los hombres.

Ya que la vocación no es sino la llamada del mundo, el grito de los hombres, que recuerdan el deber, que incitan a su semejante a despertar a su propia substancia, que le indican su sitio, su taller, su célula de acción. La vocación es sentido y oficio, cargo y cuidado; la vocación es el impulso hacia la propia ración de labor, de auxilio, de vigilia:

"Et maintenant, au coeur de la nuit comme un veilleur, il découvre que la nuit montre l'homme: ces appels, ces lumières, cette inquiétude". (114)

Y la vocación no se explica sin la condición. Sólo puede atender al grito de los hombres quien entiende su lenguaje, quien se reconoce unido a ellos en una misma esencia, en un mismo terreno, desde o bajo una misma condición humana.

"Tout au long de ce livre j'ai cité quelques-uns de ceux qui ont obéi, semble-t-il, à une vocation souveraine, qui ont choisi le désert ou la ligne, comme d'autres eussent choisi le monastère; mais j'ai trahi mon but si j'ai paru vous engager à admirer d'abord les hommes. Ce qui est admirable d'abord, c'est le terrain qui les a fondés". (115)

Sólo puede atender al grito de los hombres quien lo es, quien es hombre libre con, entre los demás. Esto es, quien está condicionado, limitado, encerrado, liberado, en y por su humanidad:

(114) VOL DE NUIT, 22.
(115) TERRE DES HOMMES, 220.

"Certes les vocations aident l'homme à se délivrer: mais il est également nécessaire de délivrer les vocations". (116)

Pues ser hombre no es ser individuo. El individuo es medio, urgencia, vehículo inmanente. El hombre es fin, importancia, sentido trascendente. Y el error mundano, el pecado de la previsión y de la inversión, también se comete aquí, al tomar el medio por el fin, al dar al individuo lo que tan sólo es debido al hombre. El burgués, el mundano, el sedentario, el enemigo del tiempo y del devenir, parece o quiere escapar a toda circunstancia, a todo límite. La libertad se le antoja campo abierto, infinito:

"Libre dans un langage. Mais non libre d'y mélanger un autre. Libre dans les règles de tel jeu de dés. Mais non libre de les pourrir en en rompant les règles par celles d'un autre jeu..." (117)

Reglas de juego a las cuales nos sometemos al reconocernos hombres, al elegirnos como tales, sin que sea posible, una vez consumada la elección, echarnos atrás o arrepentirnos, ya que la regla del juego, el límite, la condición, está profundamente entranada en nuestro mismo ser:

"Nous avons accepté la règle du jeu, le jeu nous forme à son image". (118)

Para el que la rechaza, para el que la quiere cambiar por otra, para el que quiere romperla para vivir en la vacía ilimitación del desorden y el caos, la libertad consiste en abstraerse a

(116) TERRE DES HOMMES, 221.

(117) CITADELLE, 147.

(118) TERRE DES HOMMES, 103.

la responsabilidad, al deber, al turno de vigilia. Pero al eludir su esencial obligación, al confundir el medio con el fin y la unidad con la identidad, al defender al individuo contra el hombre, comete un delito y un error. Un delito de inequidad e imposición, de lesa igualdad y lesa libertad:

"Je crois que la primauté de l'Homme fonde la seule Egalité et la seule Liberté qui aient une signification. Je crois en l'égalité des droits de l'Homme à travers chaque individu. Et je crois que la Liberté est celle de l'ascension de l'Homme. Egalité n'est pas Identité. La Liberté n'est pas l'exaltation de l'individu contre l'Homme. Je combattrai quiconque prétendra asservir à un individu —comme à une masse d'individus— la liberté de l'Homme". (12)

Y un error de renuncia inútil y torpe, de mutilación. Porque al rechazar su responsabilidad, suprime su libertad; al ignorar su deber, abjura de su derecho. De su derecho al origen y a la sustancia, de su derecho a ser.

En efecto. La dignidad de la vocación sólo puede entenderse como la luz en las tinieblas, proyectada en la sombra de la condición. Pero además debe entenderse a partir de la condición, originada en ella. El "sabor", la "solera" es eso y no otra cosa. La riqueza profesional y espiritual del artesano del Viejo Mundo le viene de su condición, de su tradición, de su civilización, que le limita y constituye al mismo tiempo, o le constituye al limitarle:

"Et au cours de mes longues promenades j'ai bien compris que la qualité de la civilisation de mon empire ne repose point sur la qualité des nourritures mais sur celle des exigences et sur

(12) PILOTE DE GUERRE, 241.

la ferveur du travail. Elle n'est point faite de la possession mais du don. Civilisé d'abord l'artisan dont je parle et qui se recrée dans l'objet et, en revanche, éternel, ne craignant plus de mourir". (13)

Ese fervor que ha recibido, que ha heredado, lo da a su vez, transfigurado por su trabajo, al imperio, a la comunidad, a la gran república humana. En esa reciprocidad estriba su devenir. Su devenir y su ser, que brota de la tradición y vuelve a ella, que recoge, en espléndida carrera de relevo, la estafeta de la generación anterior, y la entrega, gastada, enriquecida, a la generación siguiente. Eso es la tradición. La tradición, y no la historia, que es su caricatura racional, sino la tradición, que ha dado al hombre, poco a poco, especie, tipo, forma, esencia; la tradición, obra del tiempo en el espacio, que ha dado al hombre sazón y hogar, le ha dado origen, le ha dado ser.

"Quand passent les canards sauvages à l'époque des migrations, ils provoquent de curieuses marées sur les territoires qu'ils dominent. Les canards domestiques, comme attirés par le grand vol triangulaire, amorcent un bond inhabile. L'appel sauvage a réveillé en eux je ne sais quel vestige sauvage. Et voilà les canards de la ferme changés pour une minute en oiseaux migrants". (14)

Y como el animal doméstico, que fué un día quizá silvestre y señero, el hombre siente, en la vocación como en la condición, la llamada de la especie, del origen común, del instante en que el

(13) CITADELLE, 39.

(14) TERRE DES HOMMES, 230.

tiempo, fortalecido en siglos, empezaba a ser ser. Por tradición se forman las especies, se dividen los destinos, se reúnen los grupos de posibilidades, por larguísima tradición se encierra en la semilla el baobab, o la rosa. ⁽¹²⁾ La tradición encaja a *nativitate* el fin en el medio, la humanidad en el individuo. Sólo los sedentarios, paradójicamente desarraigados, anteponen el medio al fin, desconocen la condición y desmienten la civilización que les ha dado, o que les ha ofrecido, origen y sentido.

* * *

Las distintas civilizaciones pueden juzgarse por esa plenitud, por esa humanidad, por esa fuerza. Es fuerte y productiva una civilización en que los individuos tienen honda consciencia de su humanidad, de su libertad, de su responsabilidad. Es fuerte y verdadera una civilización cuando crea hombres de espíritu robusto, cargado, concentrado, rico en recuerdos seculares, en extensión intensa:

"Il me semble désormais entrevoir mieux ce qu'est une civilisation. Une civilisation est un héritage de croyances, de coutumes et de connaissances, lentement acquises au cours des siècles, difficiles parfois à justifier par la logique, mais qui se justifient d'elles mêmes, comme des chemins, s'ils conduisent quelque part, puisqu'elles ouvrent à l'homme son étendue intérieure". ⁽¹³⁾

Es fuerte y duradera una civilización que no requiere exalta-

⁽¹²⁾ LE PETIT PRINCE, 24.
⁽¹³⁾ PILOTE DE GUERRE, 104.

ción, agitación superficial, acción externa, que se basta a sí misma, en inmovilidad, para colmar al hombre, que funde el hacer al ser, la acción a la contemplación, la ética a la metafísica, que penetra de su pureza y reciedumbre los más remotos rincones:

"Quand l'homme a besoin, pour se sentir homme, de courir des courses, de chanter en choeur, ou de faire la guerre, ce sont déjà des liens qu'il s'impose afin de se nouer à autrui et au monde. Mais combien pauvres! Si une civilisation est forte, elle comble l'homme, même si le voilà immobile.

"Dans telle petite ville silencieuse, sous la grisaille d'un jour de pluie, j'aperçois une infirme cloîtrée qui médite contre sa fenêtre. Qui est-elle? Qu'en a-t-on fait? Je jugerai, moi, la civilisation de la petite ville à la densité de cette présence. Que valons-nous, une fois immobiles?" ⁽¹⁴⁾

Así pues, no sólo formar al hombre constituye problema, sino conservar, salvaguardar la condición que le hace posible. No sólo es el hombre en razón directa a lo que hace, sino que sólo hace desde aquello que es, desde aquello que le ha dado ser. Tanta atención es preciso prestar a la raza humana como a su condición, su tradición, su civilización:

"Il importe de sauver l'héritage spirituel, sans quoi la race sera privée de son génie. Il importe de sauver la race, sans quoi l'héritage sera perdu". ⁽¹⁵⁾

No hay pues, acción sin ser ni ser sin acción, no hay libertad sin responsabilidad ni a la inversa. El hombre se aprehende en hu-

⁽¹⁴⁾ PILOTE DE GUERRE, 105.
⁽¹⁵⁾ PILOTE DE GUERRE, 207.

mildad, y se conoce hombre, deudor y acreedor, activo y quieto, libre y encadenado, miserable y grandioso. Es ahí donde reside la clave del cambio, de la entrega, del dar y el recibir, del ser hombre ante Dios:

"L'humilité du coeur n'exige point que tu t'humilies mais que tu t'ouvres. C'est la clef des échanges. Alors seulement tu peux donner et recevoir. Et je ne sais point distinguer l'un de l'autre, ces deux mots pour un même chemin. L'humilité n'est point soumission aux hommes, mais à Dieu. Ainsi de la pierre soumise non aux pierres mais au temple. Quand tu sers c'est la création que tu sers. La mère est humble vis-à-vis de l'enfant et le jardinier devant la rose". (128)

* * *

(128) CITADELLE, 397.

5.—TRADICION Y SENTIDO

No basta ser en y con; es preciso también ser de. El hombre no es sólo en el tiempo y en el espacio, sino que es también de un tiempo, de un momento que reúne y acentúa la acumulación de sentimientos y misterios que es la tradición, y de un espacio, de un lugar donde esos secretos afectivos se han ido grabando y concentrando lentamente. El hombre no es sólo en un mundo, en y con una humanidad, sino que es de esa humanidad, en el doble sentido de procedencia y pertenencia, de esa tierra. De ella viene y a ella se debe, ella le hizo libre y de ella es responsable. Ella es la constante vocación y la constante condición de la vocación; en ella bebe las fuerzas que encaminarán y robustecerán su voluntad; ella es su sentido. Toda individualidad desaparece, toda división, toda diferenciación se esfuma, cuando el hombre toma consciencia de esa honda, poderosa genitividad:

"L'homme ne s'intéresse plus à soi. Seul s'impose à lui ce dont il est". (129)

"Mais si vous êtes d'un arbre alors chacun dépend de tous et tous dépendent de chacun". (130)

(129) PILOTE DE GUERRE, 169.
(130) CITADELLE, 318.

"L'enfance, ce grand territoire d'où chacun est sorti! D'où suis-je? Je suis de mon enfance. Je suis de mon enfance comme d'un pays..." (12)

El hombre que encuentra en la tradición, en la confluencia de espacio y tiempo, su sentido, vive en exactitud y en plenitud, vive de acuerdo y en consonancia consigo mismo, a través de aquello de lo cual es. Ser de la propia infancia como de un país, regresar puntualmente al espacio y al tiempo, al sitio y al momento en que se vino a la tierra, encajan a la perfección en la propia edad, en el propio terruño, sublimizan el espacio y el tiempo, los convierten en eternidad e infinitud:

"—Moi aussi, aujourd'hui, je rentre chez moi..."

"Puis, mélancolique:

"—C'est bien plus loin, c'est bien plus difficile..."

"Je sentais bien qu'il se passait quelque chose d'extraordinaire. Je le serrais dans mes bras comme un petit enfant, et cependant il me semblait qu'il coulait verticalement dans un abîme sans que je pusse rien pour le retenir..."

"Il avait le regard sérieux, perdu très loin:

"—J'ai ton mouton. Et j'ai la caisse pour le mouton. Et j'ai la muselière..."

"Et il sourit avec mélancolie.

"J'attendis longtemps. Je sentais qu'il se réchauffait peu à peu:

"—Petit bonhomme, tu as eu peur..."

"Il avait eu peur, bien sûr! Mais il rit doucement:

"—J'aurai bien plus peur ce soir..."

"De nouveau je me sentis glacé par le sentiment de l'irréparable. Et je compris que je ne supportais pas l'idée de ne plus jamais entendre ce rire. C'était pour moi comme une fontaine dans le désert.

(12) PILOTE DE GUERRE, 100.

"—Petit bonhomme, je veux encore t'entendre rire..."

"Mais il me dit:

"—Cette nuit, ça fera un an. Mon étoile se trouvera juste au-dessus de l'endroit où je suis tombé l'année dernière..." (13)

Ya que el regreso "a casa", a la costumbre, a la infancia, es retorno al sentido, a la esencia:

"Je me disais donc: L'essentiel est que demeure quelque part ce dont on a vécu. Et les coutumes. Et la fête de famille. Et la maison des souvenirs. L'essentiel est de vivre pour le retour..." (14)

Nadie comprende mejor esta verdad que el desterrado. El destierro, no el voluntario, insensible, del hombre que busca sentido en otras tierras, sino el destierro forzoso, anormal, el exilio de guerra, en que el hombre tiene que abandonar el sentido ya formado, entrañado, el camino a su estrella, a su eternidad, es la mayor tragedia humana. De golpe se pierden las raíces, de golpe se arranca el hombre a su medio, a su comunidad, a su oficio, a su hacer, a su costumbre. Todo lo que quería decir algo, todo lo que significaba, hablaba, dirigía, todo lo estable, acumulado, presente en síntesis, todo lo final, digno de acción, cargado de sentido, se vacía de alma, se muere.

"—On évacue.

"Ils s'y attendaient. Depuis quinze jours qu'ils voyaient passer des réfugiés ils renonçaient à croire en l'éternité de leur maison. L'homme, cependant, depuis longtemps, avait cessé d'être nomade. Il se bâtissait des villages qui duraient des siècles. Il polissait des meubles qui servaient aux arrière-petits-enfants. La maison familiale le recevait à sa naissance, et le transportait jusqu'à la mort, puis, comme un bon navire, d'une rive à l'autre, elle faisait à son tour passer le fils. Mais fini d'habiter! On s'en allait, sans même connaître pourquoi!" (15)

(13) LE PETIT PRINCE, 86.

(14) LETTRE A UN OTAGE, 25.

(15) PILOTE DE GUERRE, 112.

El hombre se ve, pues, empujado en una dirección o en otra todo da igual; no es ésta la maravillosa comunidad de sentidos que exalta y realiza al hombre en plenitud, sino la total ausencia de finalidad que le deshumaniza y bestializa, que convierte la comunidad en hormiguero. Más aturdido que aterrorizado, incapaz de enfrentarse a la anormalidad, de superarla refugiándose en lo estable y resistente, desorientado por la falta de método vital, de consciencia total de eternidad, el hombre de guerra olvida a los demás en el olvido de su tierra, del marco que los encerraba a todos, y parece encerrarse en sí mismo, en su individualidad, en su animalidad:

"Jamais ils ne savaient rien. Personne ne savait rien. Ils évacuaient. Aucun refuge n'était plus disponible. Aucune route n'était plus praticable. Ils évacuaient quand-même. On avait donné dans le Nord un grand coup de pied dans la fourmière, et les fourmis s'en allaient. Laborieusement. Sans panique. Sans espoir. Sans désespoir. Comme par devoir". (121)

"Nous avons glissé —faute d'une méthode efficace— de l'Humanité, qui reposait sur l'Homme, vers cette termitière, qui repose sur la somme des individus". (122)

"Et s'ils s'en vont droit devant eux, c'est par l'effet de l'incohérence générale qui les divise les uns d'avec les autres, et non par horreur de la mort. Ils n'ont horreur de rien. Ils sont vides". (123)

(121) PILOTE DE GUERRE, 111.

(122) PILOTE DE GUERRE, 232.

(123) PILOTE DE GUERRE, 135.

En el destierro el hombre descubre humildemente su íntima esencia; en el destierro halla a qué escaso grado, en qué irrisoria proporción se vale a sí mismo, qué poco es sin el cuadro del ambiente, de la labor cotidiana, del hábito benéfico, de las costumbres asimiladas, aceptadas y orientadas en pristinidad hacia la generación siguiente. Arrancado a su célula de acción, a su vocación, a su trabajo, sin más referencia que el nombre de algún amigo perdido a lo lejos, el hombre se desgarrá de sí mismo y de su mundo; pierde, con su tradición, su sentido, y con el sentido, el ser.

"Je me disais: 'Je veux bien être un voyageur, je ne veux pas être un émigrant. J'ai appris tant de choses chez moi qui ailleurs seront inutiles...'". (124)

"Un ami dont on ne sait rien, sinon qu'il est". (125)

"Car il est un temps pour la gènesé, mais il est un temps, un temps bienheureux, pour la coutume!" (126)

"Mais si vous rompez le contact une seule fois de génération en génération alors meurt cet amour. Et si vous rompez une fois le contact entre les aînés et les cadets dans votre armée alors votre armée n'est plus que façade d'une maison vide et s'éboulera au premier coup..." (127)

* * *

(124) LETTRE A UN OTAGE, 17.

(125) LETTRE A UN OTAGE, 29.

(126) CITADELLE, 25.

(127) CITADELLE, 95.

Hay en el hombre dos facultades metafísicas: la Inteligencia, que es facultad de estudio de objetos, que trata con un universo patente y permanente, que fija reglas estáticas, y el Espíritu, facultad de percepción de sentidos, o del Sentido, que opera de manera intermitente, con un algo misterioso, más allá de los objetos exteriores.

"Je suis choqué par une évidence que nul n'avoue: la vie de l'Esprit est intermittente. La vie de l'Intelligence, elle seule, est permanente, ou à peu près. Il y a peu de variations dans mes facultés d'analyse. Mais l'Esprit ne considère point les objets, il considère les sens qui les noue entre eux. Le visage qui est lu au travers. Et l'Esprit passe de la plaine vision à la cécité absolue. Celui qui aime son domaine, vient l'heure où il n'y découvre plus qu'assemblage d'objets disparates. Celui qui aime sa femme, vient l'heure où il ne voit dans l'amour que soucis, contrariétés et contraintes. Celui qui goûtait telle musique, vient l'heure où il n'en reçoit rien. Vient l'heure, comme maintenant, où je ne comprends plus mon pays. Un pays n'est pas la somme de contrées, de coutumes, de matériaux, que mon Intelligence peut toujours saisir. C'est un Etre. Et vient l'heure où je me découvre aveugle aux Etres". (14)

Es decir, hay una intuición óptica, física, racional, que siempre sostiene al hombre, sean cuales sean las circunstancias, sea cual sea el acento y el signo de la vida. Hay además una intuición ontológica, metafísica, sentimental, que falla cuando falla la vida, por hallarse fuerte y profundamente ligada a ella, que resiente, como un finísimo instrumento de precisión, las oscilaciones más tenues de la sismología existencial, y que llega a embotarse por completo cuando la depresión es total. En la "incoherencia general" de la guerra y el éxodo, en la división por destierro y

(14) PILOTE DE GUERRE, 28.

desarraigo, los hombres se despegan, no sólo de sus semejantes, sino de sí mismos, de su propia esencia; se desmenuzan, se descuartizan, se convierten en objetos de lógica y análisis:

"Nous sommes des objets de l'incohérence générale. Nous ne sommes pas, pour lui, Saint Exupéry ou Duterre, doués d'un mode particulier de voir les choses ou de ne pas les voir, de penser, de marcher, de boire, de sourire. Nous sommes des morceaux d'une grande construction dont il faut plus de temps, plus de silence et plus de recul pour découvrir l'assemblage. Si j'étais affligé d'un tic, Alias ne remarquerait plus que le tic. Il n'expédierait plus, sur Arras, que l'image d'un tic. Dans le cafouillis des problèmes posés, dans l'éboulement, nous sommes nous-mêmes divisés en morceaux. Cette voix. Ce nez. Ce tic. Et les morceaux n'émeuvent pas". (15)

Ahora bien, si la intuición óptica, si la Inteligencia, se refiere a la razón, el Espíritu está más cerca del sentimiento, de lo irracional, de la fe. Cuando el Espíritu falla, cuando la postración de la existencia le impide percibir y aprehender con claridad, la fe viene en su auxilio, y con la fe, la esperanza, el sentido del devenir. El acto de fe afirma el poder, la omnipresencia, la hondura y permanencia del Sentido, que como Dios sólo se muestra en ocasiones y a ciertos elegidos. El acto de fe recomienda la espera, el silencio, el tiempo, el retroceso; el acto de fe exige la puesta en marcha, el arranque activo, con o sin sentido a la vista, pues el sentido se hará patente exterior o interiormente, a la larga.

"L'important, est de se gérer dans un but qui ne se montre pas dans l'instant. Ce but n'est point pour l'Intelligence, mais pour l'Esprit. L'Esprit sait aimer, mais il dort". (16)

(15) PILOTE DE GUERRE, 29.

(16) PILOTE DE GUERRE, 52.

Ya que la Inteligencia no sabe de secretos ni de fe. La Inteligencia no está en contacto con la acción. La Inteligencia trata el Espacio y el Tiempo como objetos científicos, como categorías filosóficas, desvitalizadas, impersonalizadas. Su ontología es óntica o lógica, externa, descriptiva, siempre formulable, siempre enunciable en términos de lenguaje. Cuando se le pide un todo, un mundo, un pleno, procede por adición matemática, acumula unos sobre otros los objetos de su conocimiento y llama "universo" a la suma simple. Es decir, confunde la unidad con la multiplicidad uniformada, la humanidad con el ejército, la realidad con el nombre o nombres de la realidad, el mundo con el inventario del mundo, el cuerpo con el esqueleto, el mensaje con la cifra, código o clave.

El Espíritu, en cambio, ve en el Espacio el país, la trinchera, la casa solariega, y en el Tiempo la vida, la esperanza, la tradición, el recuerdo. Su ontología es metafísica, teleológica, interna, orientada, significativa y por ello difícilmente significable. El universo, los universales, se le dan *a priori*, puesto que más allá de los objetos exteriores percibe lo incorpóreo, lo unitario, lo ordenado y dirigido. La fe es fe metafísica, fe en el Ser, en el Sentido, en el Espíritu y en la tradición. La fe es fe en la "solera", fe en que nuestra condición, nuestra herencia, nuestro peso de siglos, dará a nuestro hacer de artesanos vitales un sentido, una inclinación, una gravitación. La fe no descansa en las palabras, en la lógica, en los objetos, sino en la vida, en el Ser, en el Sentido. Y la acción no necesita de la formulación del Sentido, sino de la creencia en el Sentido, que es creencia en el Ser.

"Un Etre n'est pas de l'empire du langage, mais de celui des actes". (14)

"Certes nous sommes déjà vaincus. Tout est en suspens.

(14) PILOTE DE GUERRE, 231.

Tout s'écroule. Mais je continue d'éprouver la tranquillité d'un vainqueur. Les mots son contradictoires? Je me moque des mots". (14)

"Celui qui marche vers sa maison, j'ignore s'il marche vers la querelle ou vers l'amour. Je me demanderai: 'Quel homme est-il?' Alors seulement je connaîtrai vers où il pèse, et où il ira. On va toujours, en fin de compte, vers où l'on pèse". (14)

Ponerse en marcha es, pues, acto de fe. Y los actos, la acción, revelan el Ser con mayor precisión, por mayor cercanía al Espíritu, que las palabras:

"Je n'ai alors rien su comprendre! J'aurais dû la juger sur les actes et non sur les mots. Elle m'embaumait et m'éclairait. Je n'aurais jamais dû m'enfuir. J'aurais dû deviner sa tendresse derrière ses pauvres ruses. Les fleurs sont si contradictoires! Mais j'étais trop jeune pour savoir l'aimer". (14)

Ya que las palabras son del orden exterior, patente, que perdura en apariencia, y los actos del orden interior, esencial, estable, ya que no estático. Los actos son del orden misterioso. Por eso el acto penetrado de consciencia, cargado de saber, sirve a un culto recóndito y profundo, el culto del Sentido. El acto que se sabe y se conoce, el acto del sabio, es el rito.

* * *

"L'empire de l'homme est intérieur". (14)

(14) PILOTE DE GUERRE, 203-204.

(14) PILOTE DE GUERRE, 206.

(14) LE PETIT PRINCE, 33.

(14) TERRE DES HOMMES, 103.

Lo interior en el hombre es lo esencial, lo verdadero, lo importante. Lo oculto es en el hombre lo original y formativo, lo directivo y principal. Lo remoto y profundo es el Dominio, no la suma de piedras, ovejas, montañas y edificios, sino lo que en todo ello palpita y todo ello orienta, aquello por lo cual puede morirse.

"L'essentiel est invisible pour les yeux". (14)

"Car on ne meurt point pour des moutons, ni pour des chèvres ni pour des demeures ni pour des montagnes. Car les objets subsistent sans que rien leur soit sacrifié. Mais on meurt pour sauver l'invisible noeud qui les noue et les change en domaine, en empire, en visage reconnaissable et familier". (15)

Sin embargo, el ser a secas no se entiende. El ser necesita del hacer como el hacer del ser. Aquél sin éste es aventura, éste sin aquél es estaticidad. El hombre sólo obra según quien es, según aquello de donde brota. Y el ser se mantiene por el hacer, por la acción, por la artesanía, por el oficio.

Ahora bien, hay un acto cercano al Sentido, un acto que casi participa de la índole de la revelación, un acto profético, sacerdotal, transfigurado, iluminado. Este acto es el rito. El rito es el enlace entre lo misterioso del Sentido y lo luminoso, alegre, próspero, del oficio. El rito es el ósculo del maestro, el espaldarazo del caballero. El rito es el abreviarse inicial en la fuente de la tradición, el punto de partida de una larga carrera, y al mismo tiempo los jalones que señalan los momentos álgidos de una existencia, de una acción:

(14) LE PETIT PRINCE, 72.
(15) CITADELLE, 65.

"C'est pourquoi j'exige des cérémonies quand tu épouses, quand tu accouches, quand tu meurs, quand tu te sépares, quand tu reviens, quand tu commences de bâtir, quand tu commences d'habiter, quand tu engranges tes moissons, quand tu inaugures tes vendanges, quand s'ouvrent la guerre et la paix". (16)

Y por estar cerca del Sentido, que se aprehende por el Espíritu y no por el Intelecto, por el sentimiento y no por la razón, el rito consagra todo movimiento de la afectividad, todo acontecimiento fausto o infausto, todo accidente en la sucesión vital:

"Si tu viens, par exemple, à quatre heures de l'après-midi, dès trois heures je commencerai d'être heureux. Plus l'heure avancera, plus je me sentirai heureux. A quatre heures, déjà, je m'agitai et m'inquiéterai; je découvrirai le prix du bonheur! Mais si tu viens n'importe quand, je ne saurai jamais à quelle heure m'habiller le coeur... Il faut des rites.

"—Qu'est-ce qu'un rite? dit le petit prince.

"—C'est aussi quelque chose de trop oublié, dit le renard. C'est ce qui fait qu'un jour est différent des autres jours, une heure, des autres heures. Il y a un rite, par exemple, chez mes chasseurs, ils dansent le jeudi avec les filles du village. Alors le jeudi est jour merveilleux! Je vais me promener jusqu'à la vigne. Si les chasseurs dansaient n'importe quand, les jours se ressembleraient tous, et je n'aurais point de vacances". (17)

El rito es pues la aparición ocasional del Sentido, su oficio religioso. Es la presentación pública, la audiencia, la expresión fenomenológica y fenomenal de un *basileus* recóndito, constante, omnipotente. Es un acto casi mesiánico, que recuerda la obediencia y

(16) CITADELLE, 362.

(17) LE PETIT PRINCE, 69-70.

la orientación, la dirección, en su doble sentido de camino y gobierno, a las piedras de la catedral, a los individuos del imperio, a los objetos del dominio. El dominio, el imperio, la catedral, el Sentido, lo unitario, es el punto de unión de todos los esfuerzos, el punto de convergencia de todas las miradas. Y el conjunto de ritos, de apariciones, de fenómenos del Sentido, es el orden. No un orden dictatorial, impuesto, sino un orden conocido y reconocido. Cada golpe de martillo, de zapapico, de cincel, de lezna, de pluma, de espada, es un rito casero, interior, familiar o de grupo, por ser reflejo del Orden, por consagrar la unidad de los hombres en la acción y el trabajo, en el servicio.

En la gran Ciudadela de la Humandad cada objeto, cada individuo se orienta por caminos distintos, por distintas actividades, al faro y estrella del centro, hacia el Jefe, clave de bóveda de esa torre imponente, sentido y encrucijada de todos los caminos, de todos los cambios, de todos los sudores y sacrificios. El Orden es su ejército y su ley; el rito es su contacto y su afirmación. Y los hombres sometidos a su Orden en acto de plena libertad, de aceptación de responsabilidades, son sujetos de fe, de fe constante e inquebrantable, de fe espiritual, en la palabra mágica del Jefe, en su Verbo Dorado, más allá de todo lenguaje divisor y discordante; en el seno mismo de la Verdad por simplificación, por centralización, por unificación:

"Mais la vérité, vous le savez, c'est ce qui simplifie le monde et non ce qui crée le chaos. La vérité, c'est le langage qui dégage l'universel". (121)

Y el Jefe, sujeto de ese lenguaje universal, profeta y Mesías de la Verdad, mensajero, representante y monarca investido del Sentido, es a su vez piedra de una catedral superior, de una ba-

(121) TERRE DES HOMMES, 238.

sílica celestial, hacia la cual se dirige, con paso firme, por senderos distintos a los seguidos por los que se llaman sus enemigos, y que, como los súbditos de la Ciudadela, sólo difieren, sólo se disgregan, en la apreciación y calibración racional de los medios, pero no en el Rostro, en el Lazo, adivinada a través de las cosas y las palabras.

"Seigneur ainsi de mon ennemi bien aimé que je ne rejoindrai qu'au delà de moi-même. Et pour qui, car il me ressemble, il en est également ainsi. Donc je rends la justice selon ma sagesse. Il rend la justice selon la sienne. Elles paraissent contradictoires et, si elles s'affrontent, nourrissent nos guerres. Mais lui et moi, par des chemins contraires, nous suivons de nos paumes les lignes de force du même feu. En Toi seul, Seigneur, elles se retrouvent.

"J'ai donc, mon travail achevé, embelli l'âme de mon peuple. Il a, son travail achevé, embelli l'âme de son peuple. Et moi qui pense à lui, et lui qui pense à moi, bien que nul langage ne nous soit offert pour nos rencontres, quand nous avons jugé, ou dicté le cérémonial, ou puni ou pardonné, nous pouvons dire, lui pour moi comme moi pour lui: 'Ce matin j'ai taillé mes ro-siers'...

"Car tu es, Seigneur, la commune mesure de l'un et de l'autre. Tu es le noeud essentiel d'actes divers". (122)

* * *

Para resumir, podemos decir que la verdad del hombre reside en su capacidad de apresar el Sentido. Porque en el hombre, sentido es hacer y ser, acción esencial orientada, compendio y reunión de sus condiciones y sus aspiraciones, unidad de su existencia. Acción esencial orientada desde y hacia, con y contra.

(122) CITADELLE, 530-531.

Desde la tradición, desde la unidad, no la suma, sino la unidad imprevisible, inhistoricable, afectiva, espiritual, de afectos, dolores, proyectos y esperanzas en el tiempo, de habitaciones, raíces, rincones y galerías en el espacio. Hacia la eternidad, no ser estático y helado, no nada extraña, extravital, sino tiempo exaltado y sublimizado, infinito devenir, vida eterna sin contradicción en los términos. Con la humanidad, no grupo de entes humanos, de individuos amontonados y desvitalizados, sino fraternidad de seres semejantes, especie y familia, unida por la tarea común, por la común finalidad, por el rito ecuménico, por el oficio, por el orden y la orden. Y contra los obstáculos, contra la materia de trabajo, contra el enemigo en el desierto, amado porque justifica, porque limita y da sentido, contra la tierra carcelera, obstáculos necesarios, apreciados, admirados y respetados en tanto combatidos, por ser la condición de posibilidad del combate mismo, por ser definición y explicación, radio y frontera.

El nudo, el lazo de esas relaciones, de ese desde, hacia, con y contra, es el Sentido, el silencio de las catedrales, unidad, presencia y verdad.

Y la ética de Saint-Exupéry, no un sistema, ni un método, ni una disciplina cultural, sino una actitud, una creencia, un principio vital, descansa esencialmente en la exaltación del sentido como origen, motivo, condición y finalidad de la acción humana, que es el ser humano.

Situarse en el mundo, entre los hombres; admitir la comunidad de responsabilidades; asumir como propio el fin trascendente y suficiente, fin común por eterno, común al individuo temporal, limitado y por ello libre; reconocer la vanidad del lenguaje, fermento de discordia, y tratar de entenderse más allá de él, en el orden del fin, del faro unitario, inefable; instaurar un orden vital, no lógico, de medios-para-fines en que el fin determina y moldea la legitimidad de todo medio; cambiarse o entregarse vitalmente en aras de ese fin, de ese sentido único, en plena libertad, por libre asunción de la propia obligación entre los hombres, por toma

de posesión, o de usufructo, del banco de trabajo, del taller, del cargo; he ahí los mandamientos, los imperativos, si cabe la palabra, de la ética de Saint-Exupéry. Y de su metafísica, o de su antropología. Ya que hacer esto es ser, ser libre y ser hombre, vivir por- esencia, y no en apariencia.

Sin embargo, esta ética no es una doctrina. No es racionalmente transmisible, no es formulable ni recetable. Saint-Exupéry incurriría en el mismo pecado de la lógica y la historia, en el mismo pecado burgués de previsión y pseudouniversalización, si pretendiera convencer o evangelizar. Tan sólo se propone convertir, que es liberar, y convertir por el único medio posible y auténtico, por el sentimiento. Su conversión consiste en tocar en el hombre las fibras más íntimas y esenciales, las de la afectividad en relación con el resto de la humanidad. De ahí el asistematismo de su obra, de ahí la emoción poética que toda ella respira de principio a fin, de ahí las repeticiones constantes, el constante machacar de sus ideas e imágenes, la relativa limitación de su acervo conceptual y proposicional. Su objeto es simplificar, ordenar, reunir, unificar, sin que esto suponga clasificación alguna, sin que esto implique creencia en una humanidad gregaria, ciega, perezosa, sino en una humanidad humana, con algo en común que precisamente es lo que interesa encontrar, revelar y constituir en pabellón de agrupación. No trata, como el demagogo, de hundir aún más en el marasmo de los conceptos preparados, de las frases predigeridas, de los lemas y los dogmas, sino, por el contrario, de hacer despertar al hombre a su humanidad, de hacerle trascender lo que en él hay de individual, de externo, de exclusivo, para que comulgue con los demás seres humanos en la forma de su humanidad, en el centro y su origen o fin, de lo humano como tal.

Trascendencia, unidad. He ahí los conceptos básicos de la ética de Saint-Exupéry.

Conceptos que nos servirán como punto de partida y llegada para nuestra conclusión crítica.

En las páginas anteriores se ha expuesto, o tratado de exponer, lo que se entiende por ética de Saint-Exupéry. Quizá se haya expuesto de manera demasiado directa, personal y poco objetiva. Pero la objetividad no es más que una palabra. Su realidad conceptual se desmorona al primer golpe, ya que ser objetivo no es siempre ser honrado, o más bien, no puede ser honrado quien se empeña en la objetividad. Un estudio objetivo implica una mutilación, un "dejar a la puerta" lo personal y propio. La honradez debe entenderse siempre en función de un sujeto, de una subjetividad. Y de lo que se trata es precisamente de ser honrado, de no dejarse nada en el tintero.

Así pues, tras haber expuesto, o tratado de exponer, la ética de Saint-Exupéry, se va a proceder a su crítica.

* * *

CONCLUSION CRITICA

Encerrado en su cuarto, a cinco pisos de los hombres, escribe así Malte Laurids Brigge:

"Est-il possible que, malgré inventions et progrès, malgré la culture, la religion et la connaissance de l'univers, l'on soit resté à la surface de la vie?... Oui, c'est possible". (24)

Sí, es posible que todo lo creado hasta la fecha por la civilización con el propósito de captar la esencia de la vida haya fracasado. Es posible que todo nuestro esfuerzo cultural, histórico, religioso, no haya hecho sino rozar la corteza de la vida, darnos de ella una imagen helada, inconsistente, seca y vacía. Es posible, es muy posible, que nos hayamos engañado desde que el mundo es mundo, que nos hayamos prosternado ante ídolos de barro creyendo adorar a la encarnación de la Divinidad, que hayamos agotado nuestras últimas fuerzas en la elaboración y perfeccionamiento de signos, ideas, sistemas y estructuras que hoy se revelan falsos. Es muy posible que la ciencia, el arte, la religión, la economía, la filosofía, es muy posible que todo lo creado por el hombre por amor de sí mismo no sea más que una gigantesca estafa, un gigantesco fraude cometido con la vida.

(24) Rainer Maria Rilke, LES CAHIERS DE MALTE LAURIDS, 28.

Pero ya es demasiado tarde para volver atrás. La creación de una nueva civilización es empresa quimérica, no exenta de la posibilidad de incurrir en nuevos errores o volver a caer en los antiguos. Es más, ni siquiera somos capaces de imaginar una sociedad no encerrada en las limitaciones actuales, que conocemos y en que vivimos. Ni siquiera es posible elaborar una Utopía en que las relaciones humanas y naturales sean de distinto orden, de distinto carácter, en que la ciencia y la religión, la historia y la filosofía no desarrollen o produzcan la misma situación. Parece, pues, que no queda sino resignarse.

O criticar. Con los medios y armas que esta civilización nos ha dado, con el caudal de ideas, símbolos, métodos y herramientas con que nos ha provisto, podemos proceder, no ya al consabido y marchito análisis cuidadoso, sino a la enérgica descomposición de lo que nos ha sido transmitido como invulnerable, impeceder, válido a toda hora y en todo sitio, para ver a qué grado resiste, para cerciorarnos de su realidad y nobleza, para saber si es verdaderamente lo que se nos ha dicho o si es ilusorio, engañoso, artificial, si ha usurpado el derecho a representar a la vida, si está capitalizando nuestras necesidades en provecho propio, si abusa de nuestra candidez o de nuestra carencia. Podemos desmenuzarlo todo, palparlo todo, enterarnos bien de su condición, ratificar o desmentir su legitimidad, su honradez.

El primer paso de esta crítica se ha dado ya. Algunas figuras de la cultura moderna han sacudido ya con fuerza los cimientos de ese mundo ordenado, arreglado, sin problemas, reunido y sometido ante la macillosa y cómoda solución de la autoridad. Hombres del arte y de la religión han tomado ya esa actitud de rebeldía e insobornabilidad, que les ha sido menester pagar, muy a menudo, en moneda de reclusión o de segregación, de incompreensión o destierro. Precisamente por eso, por salvaguardar la integridad de la memoria de esos hombres, hay que oponerse firmemente a los que por ahorrarse esfuerzo y riesgo defienden y conservan lo establecido sin ponerlo en cuestión, y hay que opo-

nerse, con mayor fuerza aún, a los que de buena o mala fe se han quedado a la mitad del camino.

En este caso se encuentra Saint-Exupéry.

* * *

Saint-Exupéry tiene la suficiente energía y la suficiente honradez para percibir y atacar la inconsistencia de muchos productos humanos. El lenguaje y la norma, la lógica y la historia, le parecen participar de la deleznable condición de todo lo común y corriente, de todo lo obtenido por abstracción para fácil digestión de la masa espiritual. No es la verdad lo demostrable, sino lo unificador. No es la moral la sumisión a un código, sino la admisión por el hombre de su igualdad metafísica y teleológica a los demás, y su cooperación, por medio del gobierno de sí mismo, a la realización de ese fin esencial y común. No es gobernar imponerse, sojuzgar, deprimir o encarcelar, sino revelar, convertir, despertar a la propia responsabilidad, al propio deber, y de paso, a la propia libertad.

Ahora bien, por más vueltas que le doy, no me encuentro con esta libertad por ningún lado. Si al menos fuese libertad cristiana, libertad de elegir el cielo o el infierno, libertad de aceptar o rechazar el fin común, aun admitiendo su existencia, libertad de asumir o substraerse a esa condición humana, se entendería. No como libertad total, decisiva, sino como libertad ante dos polos, dos caminos, libertad de alternativa o de dilema. Pero no es así. El hombre es libre, en Saint-Exupéry, cuando acepta su condición humana, cuando acepta su necesidad. Quien no obra así no es libre; se somete a lo común, a lo abstracto; se convierte en sedentario, porque hace de la comunidad un rebaño o montón. Ser libre es ser, y ser hombre; no hay libertad de no ser.

Sin embargo, el orden de lo humano es bastante más amplio. El hombre es el único ser que puede privarse de ser; en la obra

de Saint-Exupéry se desconoce el hecho del suicidio, por más que se censure en ocasiones. El hombre, en realidad, es libre de negarse a ser hombre, o mejor dicho, de negarse a coincidir con lo que las distintas antropologías entienden por hombre. El hombre es libre incluso de negarse a ser idéntico a sí mismo. El hombre es libre de escapar, tanto a la actitud de los que por falsa gravedad y falsa dignidad se empeñan en ser consecuentes con lo que consideran su esencia individual, como a la de los que por no menos falso sentido de especie califican de "inhumano" todo lo que no se adapta a lo comúnmente reconocido como esencia universal del hombre.

La libertad no se entiende si no es frente a la multiplicidad de posibilidades, o al menos frente a la dualidad. La libertad de ser sólo una cosa, o la libertad modal, de serlo así, de este modo, por este camino diferente, se parece demasiado a la libertad de Edipo, a la predestinación. Anula el devenir, desconoce el tiempo.

He aquí el punto débil de Saint-Exupéry, el principio de su error. Lo mismo que él reprocha a los sedentarios, ese desconoce el devenir, olvidarse del tiempo, tenemos que reprochárselo nosotros a él. Desconoce el tiempo, quizá no como ellos, por cómoda creencia en la repetibilidad sino por una creencia paralela en la posibilidad de unificar todo lo humano y un afán rabioso de realizar esa unificación por donde sea y como sea, a toda costa, incluso a costa de la destemporización del hombre. Desconoce el tiempo, la temporalidad, el devenir, por horror a lo múltiple e inseguro, por repulsión de lo irreferible. No encuentro gran diferencia entre la actitud mundana del sedentario o del científico, que se obstina en prever, en hallar la cifra, el coeficiente de la existencia, y la actitud de Saint-Exupéry, que postula una necesidad única hacia la cual se despeña fatalmente todo hombre que se haya reconocido como tal, y que olvida que, si bien el hecho de estar en condición o situación es común a todos los humanos, la condición o situación misma es patrimonio de cada individuo y no se vuelve a presentar jamás. Poco me importa que el Sentido se mantenga oculto y secreto, poco me importa que se haga público

en habladurías y chismes de esquina. Poco me importa que sólo se aprehenda cualitativamente y por revelación, o que se substriga a quien lo busca por senderos fáciles. Lo que me importa, y me parece falso, es que es uno.

* * *

Quizá sea necesidad de la filosofía, de la historia, de la moral tradicional, esa unidad, esa coincidencia en el fin, esa igualdad substancial de los hombres. Pero no hay derecho a que, por necesidad, y por necesidad didáctica, se afirme esa unidad como cualidad de la existencia. La unidad no es cualidad de la existencia ni necesidad de la existencia, como no es cualidad ni necesidad del arte verdadero. El arte puede servirnos como imagen: si bien la obra de arte es obra de unidad, si bien el artista descubre y plasma una estructura real, quizá no en el sentido metafísico, de esencia o de substancia, sino en el puramente estético, de armonía y concordancia, es preciso tomar en cuenta tres verdades artísticas: primera, esa unidad se le da a él, a él solo, porque es la suya, porque es una de las múltiples unidades posibles, tantas como individuos; segunda, esa unidad se le da espontánea, gratuitamente, sin tensión, sin búsqueda, sin el esfuerzo práctico, de pesquisa y análisis, que es característica del científico, del filósofo, del historiador, del intelectual; tercera, el artista se expresa en plena individualidad, sin preocupación por la comunicación, sin ningún afán, dígame en contrario lo que se diga, de llegar a los hombres. Su meta, si cabe llamar así a un fin indefinido y no intencional, es la expresión y no la comunicación. Su unidad es unidad del mundo para o ante un hombre, y no unión con los hombres a través del mundo, como comúnmente se cree. Su coincidencia con alguien es ocasional, accidental, menos frecuente de lo que parece y por ello, por esa ocasionalidad y consiguiente intensidad, muchísimo más valiosa. Y que no se nos diga que toda expresión tiene destinatario, que toda expresión se dirige a una persona extraña o exterior a aquella que se expresa. Esto es en-

tender al hombre de manera bastante simplista, negar su complejidad interior y su necesidad de hacer luz en sí mismo para sí mismo o de recrearse en su propia tiniebla, olvidar que la expresión aligera y alivia, ayuda a vivir cuando la vida pesa, o enriquece la vida cuando se debilita.

Ya que el arte, como el hombre, es un pedazo de tiempo y nada más. Arrancarle el tiempo es falsificarlo. Y el tiempo es multiplicidad, discontinuidad, irreductibilidad, irrepitibilidad, inaprehensibilidad. El tiempo, y no el hecho del tiempo, como la condición y no el hecho de la condición. La única generalización, la única categorización, el único predicado que puede adjudicarse a la vida y al arte, que son tiempo, es precisamente esa oscuridad esa indefinibilidad, esa inefabilidad e imprevisibilidad, esa "caoticidad".

Tengamos el valor de nuestro caos, que es el valor de nuestra verdad, de mi verdad al menos. No puede haber sino caos en un mundo apoyado en relaciones, relaciones que ya implican relaciones y conflictos. No puede haber sino caos, desmadejada pluralidad, en un mundo de seres irreductibles, cuyo último reducto permanece siempre secreto, aun para cada uno de ellos vuelto sobre sí mismo. ¿Por qué entonces, tras haber afirmado esa oscuridad de lo inefable e imprevisible, postula Saint-Exupéry una unidad de sentido? ¿Por qué esa manía de salvar, de destruir a medias, de dar un paso atrás, de no propasarse o exagerar? ¿Por qué rechazar la simplicidad de nuestro lenguaje actual para sustituirlo por otro aún más simple, lenguaje universal, de conciliación y síntesis, de donde se desprenda la verdad? ¿Por qué retroceder, por qué hacer concesiones al propio temor, por qué esa ambigüedad? ¿Por qué conformarse con remedos y medias tintas, en vez de reconocer honradamente la imposibilidad de la empresa?

Tengamos el valor de nuestro caos, el sentido de nuestra temporalidad. La vida tiene que ser así porque así es, porque no tiene más que tiempo. Y esto no es una definición, no es una necesidad, no es un absoluto. Ni trato de postular el cambio como úni-

ca realidad, como permanencia, como universal, ni trato de hacer de la negación de toda verdad la única verdad filosófica existente. Hacer del cambio una permanencia es volver a confundir la vida con el hecho de la vida, pretender que todos los hombres son iguales por el hecho de que todos mueren, cuando es la muerte precisamente lo más individual. Y creer que la negación de la posibilidad de verdad aspira a ser verdad a su vez, y verdad exclusiva, o que la afirmación de la indefinibilidad de la vida es una definición, olvida que en lo relativo no cabe lo absoluto, y que absolutizar lo relativo es un sofisma.

Y si al principio se ha dicho que la imagen que de la vida nos ha dado la civilización es vacía e inconsistente, no es porque interese encontrar una imagen más justa o adecuada, sino porque el intento mismo de expresar la existencia en términos universales es siempre empresa inútil, esto es, porque querer significar, imaginar o idolizar es siempre una abstracción y debe reconocerse siempre como insuficiente sustitución de la expresión verdadera, de la expresión personal.

En una palabra, la civilización que hubiera de suplir las deficiencias de ésta tendría que desterrar por vana y estéril la problemática de la existencia.

* * *

El error de Saint-Exupéry es, pues, no haber llegado al final del camino que él mismo se trazó, haberse limitado a substituir una unidad a otra, una transcendencia a otra, al tratar de una vida encerrada en sí misma, en su multiplicidad. Para asumir en serio la actitud crítica de que se ha hablado es preciso ir más allá. No po-

demo quedarnos en la substitución. No podemos, como algunos revolucionarios, poner un reyezuelo en lugar de otro. Vale más desesperar. Porque, lo que por encima de todo hay que conservar es la honradez, cueste lo que cueste. Las soluciones conciliatorias, los retrocesos, las concesiones, las salidas de etapa de transición, son otros tantos engaños. Tenemos que decirnos la verdad, cada cual a sí mismo.

BIBLIOGRAFIA

- DE SAINT EXUPERY, Antoine: COURRIER SUD, 158a. édition. Paris, Librairie Gallimard, 1929.
- VOL DE NUIT, 400e. édition. Paris, Librairie Gallimard, 1931. Préface d'André Gide.
- TERRE DES HOMMES, Collection "Les Meilleurs Livres Français". Paris, Librairie Gallimard, 1939.
- PILOTE DE GUERRE, 182e. édition. Paris, Librairie Gallimard, 1942.
- LETTRE A UN OTAGE, 48e. édition. Paris, Librairie Gallimard, 1944.
- LE PETIT PRINCE, avec des aquarelles de l'auteur. Paris, Librairie Gallimard, 1946.
- CITADELLE, 24e. édition. Paris, Librairie Gallimard, 1948.
- DELANGE, René: LA VIE DE SAINT-EXUPERY. Paris, Editions du Seuil, 1948.
- TAVERNIER, René, y otros autores (L. P. Fargue, S. de Saint-Exupéry, B. Cendrars, L. Werth, L. M. Chassin, A. R. Métrol. P. de Lanux, J. Roy, L. Dumont, G. de Benouville, P.
- SAINT-EXUPERY. Paris, Confluences, Revue des Lettres et des Arts, 1945.

Dalloz, J. Leleu, R. Aldington,
F. Giner de los Rios, L. Barjon,
R. Stéphane, R. Caillois, G.
Mounin, A. Angles, H. Fro-
ment).

WERTH, Léon:

TEL QUE JE L'AI CONNU. Paris, Editions
du Seuil, 1948.

BIBLIOGRAFIA AUXILIAR

- BERGSON, Henri: LES DEUX SOURCES DE LA MORALE ET DE LA RELIGION, 48e. édition. Paris, Presses Universitaires de France, 1946.
- BLONDEL, Maurice: L'ACTION, Essai d'une critique de la vie et d'une science de la pratique. Paris, Presses Universitaires de France, 1950.
- CARLYLE, Thomas: ON HEROES, HERO WORSHIP AND THE HEROIC IN HISTORY, London, J. M. Dent and Sons, and New York, Dutton & Co., 1910.
- FORSTER, E. M. ASPECTS OF THE NOVEL, New York, Harcourt, Brace & Company, Inc., 1927.
- GUSDORF, Georges: TRATE DE L'EXISTENCE MORALE, Paris, Librairie Armand Colin, 1949.
- JAMES, William: ESSAYS IN PRAGMATISM, Introduction by Alburey Castell. New York, Hafner Publishing Co., 1948.
- KAFKA, Franz: DIARIES 1910-1913, edited by Max Brod. Translation by Joseph Krosh. New York, Schocken Books, 1948.
- DIARIES 1914-1923, edited by Max Brod. Translation by Martin Greenberg and Hannah Arendt. New York, Schocken Books, 1949.

- MACHADO, Antonio: JUAN DE MAIRENA, Biblioteca Contemporánea, Nos. 17 y 18. Buenos Aires, Editorial Losada, S. A. 1942.
- ORTEGA Y GASSET, José: LA REBELION DE LAS MASAS, Colección Austral, No. 1. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1947.
- EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO, Colección Austral, No. 11, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1941.
- TRIPTICO, Colección Austral. No. 181. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1942.
- RILKE, Rainer María: LES CAHIERS DE MALTE LAURIDS BRIGGE. Traduction de Maurice Belz. Paris, Editions Emile-Paul Frères, 1939.
- UNAMUNO, Miguel de: PAZ EN LA GUERRA, Colección Austral, No. 179. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1940.
- DEL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS, Colección Austral, No. 4. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1947.
- ENSAYOS, Colección Joya. Madrid, M. Aguilar, Editor, 1948.

| INDICE | |
|-------------------------------------|-----|
| INTRODUCCION | 5 |
| 1.—VIDA Y MUERTE | 17 |
| 2.—ACCION Y ETERNIDAD | 29 |
| 3.—MEDIOS Y FINES | 51 |
| 4.—LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD | 71 |
| 5.—TRADICION Y SENTIDO | 89 |
| CONCLUSION CRITICA | 105 |
| BIBLIOGRAFIA | 113 |
| BIBLIOGRAFIA AUXILIAR | 114 |